



Vista de la Catedral de Orleans.

TOMO II. 25 de Mayo de 1844.

ESTUDIOS DE VIAGES.

ORLEANS.

Está situado el pueblo de Orleans en un país agreste y á la orilla derecha del Loire. Se halla rodeado de numerosas casas de campo y precedida de arrabales estensos y magníficos, que anuncian la riqueza de la ciudad, y sus paseos que son deliciosos contribuyen á hacer la estancia en ella mucho mas agradable. Ofrece muchos cuarteles en los que se notan magníficos edificios construidos con elegancia, calles largas alineadas y anchurosas, desahogadas y cómodas plazas públicas: la calle Real que conduce en línea recta á la plaza de Martroy y al puente del Loire, es la mas bella de Orleans, siendo deplorable tan solo el que las casas de los cuarteles de derecha é izquierda de esta calle estan mal construidas, y aun tambien que no sea su disposición la mas elegante: pero no obstante esto la ciudad encierra en su seno edificios públicos de arquitectura notable y digna de observarse: entre otros el palacio que ocupa el tribunal de justicia, es un monumento moderno del mejor gusto; su fachada compuesta de cuatro columnas dóricas que sostienen un frontis sencillo, constituyen el peristilo elevado del suelo por ocho ó diez gradas ó escalones, y le adornan dos figuras de esfinge. Esta bellísima construcción que se terminó en 1821 honra en gran manera á M. Pajot arquitecto de la ciudad, y entre las construcciones de órden gótico son dignos de citarse varios templos religiosos, y sobre todos la catedral conocida con el nombre de Santa Cruz, y que es la mejor de toda la Francia. Fué colocado su primer cimiento por San Enverto el arzobispo, que murió abrasado entre las llamas de la ciudad entera en 865 cuando fué asolada por los normandos: la piedad de los reyes de Francia la hizo reedificar, pero fué arruinada de nuevo en 999 y vuelta á levantar por el obispo Arnoult. Los calvinistas la demolieron en 1567 no quedando en pié mas que algunas capillas y seis pilares de los de la nave. En 1599 asignó Enrique IV los fondos necesarios para su reedificación y desde esta época se han suspendido los trabajos y vuelto á continuar en diferentes ocasiones y por grandes intervalos de tiempo; pero á nuestra época pertenece la gloria de haber terminado este soberbio edificio destinado á producir la admiración de los siglos. Algunas mutiladas y antiguas torres se descubrian aun el año de 1726, pero fueron demolidas para levantar las nuevas y la magnífica portada que existe hoy y que representa con exactitud el grabado que encabeza este artículo. El plan de la iglesia de Santa Cruz es el producto de un armonioso conjunto que no se resiente á pesar de las vicisitudes que ha experimentado su construcción, y que no presenta anacronismo alguno de los que son tan comunes en los edificios que han recibido la impresión de épocas distintas. Y por lo que hace al estilo de los adornos que embellecen este monumento, son de lo mas florido y elegante, con especialidad las graciosas esculturas de la portada y de las torres, terminadas por una especie de corona de un efecto nuevo y pintoresco. Son admirables tambien las portadas laterales, la atrevida y gigantesca irregularidad de las bóvedas, y el melancólico aspecto del interior. El travieso lo ocupa una capilla dedicada á la Virgen cuyo cielo artesonado,

retablo y pavimento son de mármol blanco y negro.

Muchos prelados y santos personajes de alta reputación han ilustrado la iglesia de Orleans: Eusebio, Anselmo, Teodorico, Arnoult y otros no menos recomendables por su ciencia que por sus virtudes. Un gran número de concilios en que se discutian los puntos mas interesantes de disciplina eclesiástica y secular se han celebrado en esta iglesia, siendo por este motivo mas grande su reputación y tambien porque en su seno se han verificado las ceremonias de la consagración de los reyes Carlos el Calvo, Eudes, Roberto, Luis el Gordo, Luis el Devoto y Luis el Joven, que al mismo tiempo celebró su boda con la princesa Constanza.

Mas no es bajo este punto de vista por lo que merece colocarse á Orleans en el rango de los pueblos mas curiosos é interesantes, sino bajo la consideración de los hechos históricos. El origen de su fundación se pierde en la obscuridad de los tiempos. Muy verosímil parece que esta antigua ciudad fuese fundada por los dominadores de la época en que César conquistó las Galias. Muchos historiadores pretenden asi mismo que fué edificada sobre las ruinas de la antigua *Genabum*, asaltada por César; tambien se ha querido probar con algun fundamento, que es hoy dia el pueblo de Gien el que ocupa el sitio de *Genabum*; mas lo que no hay derecho para dudarse; es que empezó á figurar en la línea de pueblos grandes hácia el año 272, bajo el reinado de Aureliano del que se deriva Orbiens y posteriormente Orleans.

Atila en 451 y á la cabeza de quinientos mil hombres, penetró en las Galias, con la esperanza de conquistarlas fácilmente y despues de reducir á cenizas á Colonia, Treves, Reims, Cambray, Besanzon, Langres, y Auxerre, llegó al frente de Orleans el 24 de junio. Contaba con apoderarse de este punto para fijar allí sus reales, y correr en seguida á atacar las provincias situadas en la otra orilla del Loire. Mal fortificada la ciudad parecia de todo punto imposible intentase resistir á sus victoriosas armas; pero esto no obstante, animados sus moradores por san Agnan su obispo, se defendieron valerosamente por algunos dias, pero al cabo de estos comenzaron á escasear los víveres, se hundian las murallas con el peso y el esfuerzo de las máquinas, y habia una brecha abierta y practicable para un asalto general. En este estado habian logrado penetrar ya en la plaza algunos oficiales superiores con objeto de conferenciar con sus habitantes, y convenir los términos de una capitulación, cuando Aetius general romano, llegó en socorro de los sitiados á la cabeza de un numeroso ejército, é ignorando Atila las fuerzas de su enemigo y temiendo perder una batalla y tal vez ser derrotado, resolvió emprender la retirada: apercibiéndose Aetius de este movimiento, atacó su retaguardia vigorosamente, é hizo una grande carnicería. Atila perdió 160,000 hombres, y la de los romanos no fué menos considerable, pero quedaron dueños del campo de batalla, siendo la oscuridad de la noche la que cubrió la retirada de los hunos.

Hacia el año 570, Odoacre, duque de Saxons, puso sitio á Orleans, y sus habitantes impetraron el socorro de Chilperico, rey de los francos, que derrotó á Odoacre bajo de las murallas de la ciudad, persiguiéndole hasta á Angers, apoderándose de esta ciudad lo mismo que de la primera; y de todos los pueblos situados á la orilla del Loire, que reunió al territorio de su imperio,

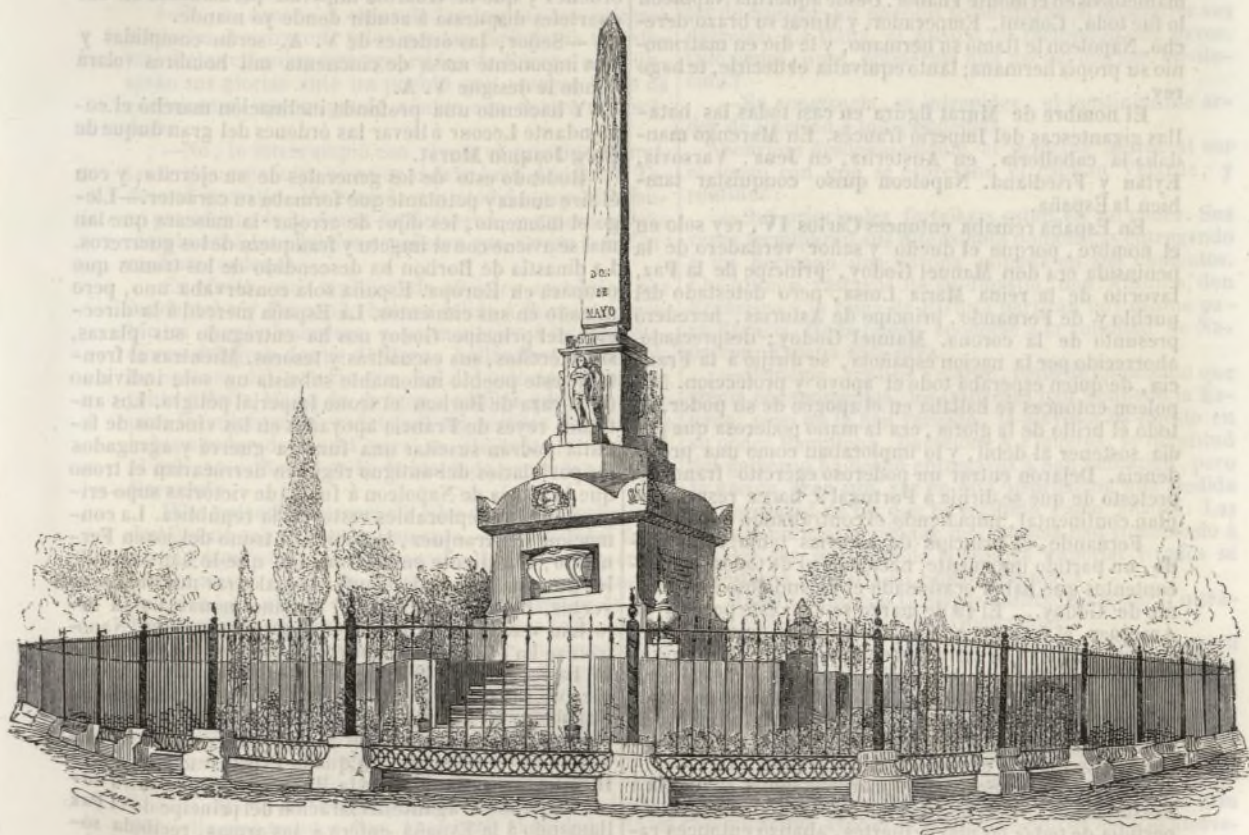
lo que prueba cuan peligroso es muchas veces implorar el auxilio de un aliado poderoso.

Los ingleses señores de la Normandía, de la Champagne, de la Picardía, del Anjou y de la Touraine, atacaron en 1428 la ciudad de Orleans: el duque de Bedford se había hecho declarar regente de Francia por Enrique VI, y Carlos VII aunque valiente era débil y ahogaba en el seno de los placeres los impulsos que asaltaban su pecho por la gloria y el buen gobierno del reino. La situación de la ciudad no podía ser mas desesperada, pues que asediada por el conde de Salisbury estaba ya a punto de rendirse, cuando una joven pastora animada por el fuego de la exaltación religiosa, se creyó destinada por el cielo para librar de sus enemigos á la Francia. Cubierta de una armadura de caballero, y con una bandera en la mano, se lanzó á la cabeza de los sitiados haciendo prodigios de valor, generales y soldados imi-

taron su noble ejemplo porque en todos producía el mas santo é indefinible entusiasmo, consiguiendo al cabo de diez meses que se vieran forzados los ingleses á levantar el sitio como lo efectuaron. Despues, mas tarde abandonó la fortuna á nuestra heroína y habiendo sido herida y prisionera de sus enemigos, fué victima del furor de los soldados que se entregaron á una cruel y vergonzosa venganza, y sentenciada á perecer en la hoguera como pereció en la plaza pública de Rouen, acusada de sortilegio.

Tales son, pues, sucintamente los acontecimientos históricos mas notables de esta soberbia ciudad que ha producido en diferentes épocas un gran número de hombres célebres, y entre otros muchos, á Esteban Dolet, poeta cuya memoria honran las bellas letras y que fué quemado en Paris por ateo en 1546; y al ilustre jurisconsulto Pothier, cuyas cenizas descansan en la catedral.

ESTUDIOS HISTORICOS.



EL DOS DE MAYO DE 1808.

I.

En una posada de las inmediaciones de Cahors en 1771, en una de las noches mas frias del invierno, nació

un pobre chiquillo que debía ser el primer soldado del ejército francés, y sentarse un dia en uno de los tronos mas bellos de la Europa.—Creció el niño delante de la puerta del meson de su padre, muy querido de los postillones, y entre los caballos que dirigía y manejaba con la mayor audacia, hasta que un dia cuando apenas conta-

ba quince años, viendo que todos los franceses tomaban las armas, el joven Murat se hizo soldado de caballería.—Pero entonces no había guerra, Murat desertó y vino á París pobre, desnudo, tan miserable que se hizo mozo de una fonda. Así el que un día debía mandar un inmenso ejército, y el mas bello país de la Italia comenzó por obedecer al primero que le gritaba: mozo! una taza de café, una comida!

Estalló entonces la revolución francesa, el trono de Luis XVI cayó hundido en el polvo, y su cabeza en el cadalso. Murat joven y exaltado fué revolucionario. Declamó contra los nobles y contra los reyes sin imaginar que un día sería duque del imperio, que se ceñiría una corona, y que las gentes al hablarle le saludarian inclinándose, con el tratamiento de Vuestra Magestad! La revolución marchó adelante, y Murat con ella. Un hombre nuevo, el general Bonaparte brilla, y á su lado aparece ya Joaquín Murat su edecán, triunfa con él en Italia, combate en Egipto, en el Cayro y las Pirámides; vuelve con él á Francia, está á su lado al disolver en Saint-Cloud el consejo de los quinientos haciendo saltar por las ventanas los representantes de la nación, á los que con su sable carga Murat con el mismo ardor que á los mamelucos en el monte Thabor. Desde aquel día Napoleón lo fué todo, Consul, Emperador, y Murat su brazo derecho, Napoleón le llamó su hermano, y le dió en matrimonio su propia hermana; tanto equivalía el decirle, te hago rey.

El nombre de Murat figura en casi todas las batallas gigantescas del Imperio francés. En Marengo mandaba la caballería, en Austerlitz, en Jena, Varsovia, Eylau y Friedland. Napoleón quiso conquistar también la España.

En España reinaba entonces Carlos IV, rey solo en el nombre, porque el dueño y señor verdadero de la península era don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, favorito de la reina María Luisa, pero detestado del pueblo y de Fernando, príncipe de Asturias, heredero presunto de la corona. Manuel Godoy, despreciado, aborrecido por la nación española, se dirigió á la Francia, de quien esperaba todo el apoyo y protección. Napoleón entonces se hallaba en el apogeo de su poder, en todo el brillo de la gloria, era la mano poderosa que podía sostener al débil, y lo imploraban como una providencia. Dejaron entrar un poderoso ejército francés á pretexto de que se dirigía á Portugal á hacer respetar el plan continental, impidiendo el contrabando inglés.

Fernando, el príncipe de Asturias tenía su partido, un partido imponente, nacional, el de todos los descontentos que había ocasionado el escandaloso favoritismo de Godoy.... El 19 de marzo se alzó este partido en Aranjuez, el favorito que no cabía en los palacios reales tuvo que buscar su salvación envolviéndose en un miserable desvan entre unas groseras esteras, y descubierto al cabo de tres días acosado de la sed, hubiera muerto á manos de la muchedumbre sin el auxilio del príncipe de Asturias, que por la abdicación de su padre pasó á ser rey de España con el nombre de Fernando VII.

El ejército francés que á marchas lentas se dirigía á Portugal, después de haberse apoderado con alevosa perfidia de todas las plazas fuertes, avanzó entonces rapidísimamente desde Burgos sobre Madrid. Los reyes padres marcharon á Bayona, después de haber protestado como violenta y arrancada á la fuerza de un motín su abdicación. El príncipe de la Paz escapó á la venganza de las leyes, porque Murat que mandaba el ejército lo hizo poner en libertad y lo protegió hasta Bayona, donde también fué forzado á comparecer el joven Monarca, cuyo reinado saludó la España con el mayor entusiasmo. En Bayona no hubo reconciliación entre el padre y el hijo, porque Napoleón no hizo nada para obtenerla. Napoleón quería dar tronos á toda su familia, y

Murat era el único que aun no era rey! La España vió pues al hombre destinado á encadenarla al yugo de Napoleón, Madrid vió el primero de mayo á Murat, gran duque de Berg todo cubierto de oro y bordados, al galope de su brillante comitiva, la cabeza adornada de plumas, blandiendo su sable centelleante, intrépido, de hermosa presencia, seguido de cuarenta mil soldados que habían conquistado toda la Europa y entre el estruendo de los cañones, y el sonido de las trompetas semejante á los dioses que Homero nos pinta entre los hombres en medio de los combates, y los inermes é indefensos paisanos de Madrid en vez de aplausos habían lanzado silvidos á la cara misma del soberbio triunfador!!!!

II.

—Que al primer aviso esten prontas todas las tropas! Las divisiones del ejército de observación de las costas del Océano acantonadas en san Bernardino, en Chamartin, Fuencarral y el Pardo, que se aproximen á la capital. La artillería situada en el Retiro, que aguarde mis órdenes y que la Guardia imperial permanezca en sus cuarteles dispuesta á acudir donde yo mande.

—Señor, las órdenes de V. A. serán cumplidas y esta imponente masa de cincuenta mil hombres volará donde le designe V. A.

Y haciendo una profunda inclinación marchó el comandante Lecour á llevar las órdenes del gran duque de Berg Joaquín Murat.

Rodeado este de los generales de su ejército, y con el aire audaz y petulante que formaba su carácter.—Llegó el momento, les dijo: de arrojar la máscara que tan mal se aviene con el ímpetu y franqueza de los guerreros. La dinastía de Borbon ha descendido de los tronos que ocupara en Europa. España sola conservaba uno, pero minado en sus cimientos. La España merced á la dirección del príncipe Godoy nos ha entregado sus plazas, sus ejércitos, sus escuadras y tesoros. Mientras al frente de este pueblo indomable subsista un solo individuo de la raza de Borbon el trono Imperial peligrará. Los antiguos reyes de Francia apoyados en los vínculos de familia podrán suscitar una funesta guerra y agregados los partidarios del antiguo régimen derrocarían el trono que la gloria de Napoleón á fuerza de victorias supo erigir sobre los deplorables restos de la república. La conmoción de Aranjuez, la subida al trono del joven Fernando, el ardiente entusiasmo con que le han recibido los pueblos, ha estado á punto de malograr nuestros proyectos. La discordia entre el anciano monarca y su hijo han venido poderosamente en nuestro auxilio. Napoleón se ha constituido árbitro de esta contienda. Carlos IV ha reivindicado de su hijo el cetro que el pueblo arrancara de sus manos en Aranjuez, y lo ha depositado en Napoleón. El sabrá sostenerlo. Los inmensos preparativos de guerra hechos por el gobierno español el año último en el momento en que la Prusia escitada por la Inglaterra y sostenida por la Rusia se coligó contra nosotros, la extravagante declaración del príncipe de la Paz llamando á la España entera á las armas, recibida sobre el mismo campo de triunfo de Jena, hicieron conocer á Napoleón la necesidad de asegurar el trono del grande Imperio uniendo para siempre á sus intereses los de España. El vencedor de las coaliciones pudo penetrar armado en su recinto, y plantar sus águilas sobre el palacio de Madrid; pero la ambición de Godoy le proporcionó los medios de conseguirlo sin derramar la sangre de sus guerreros. El plan continental había reducido á una inacción mortal á la Inglaterra nuestra implacable enemiga. Portugal era el solo punto para la salida de su estancado comercio, y Portugal debió ser con-

quistado. Un tratado en que se ofreció al favorito de la reina la efímera soberanía de los Algarbes le hizo franquearnos las puertas de la Monarquía y sus principales fortalezas. Nuestros ejércitos ocuparon insensiblemente la península. España aunque tarde se apercebó del yerro de su gabinete. Godoy para salvar los inmensos tesoros acopiados durante su vergonzosa privanza intenta arrastrar a sus soberanos á las regiones de la América; el pueblo sacude entonces indignado el yugo que por tantos años arrastrara, derroca de la cabeza de un rey anciano una corona que ya se hallaba en nuestras manos.

Los últimos vástagos de la casa de Borbon, los infantes don Antonio, don Francisco y la reina de Etruria partirán hoy mismo para Francia. Acabo de intimar á la Junta de Gobierno la orden de que así se verifique. Si el pueblo de Madrid intentase oponer resistencia, ay de su loca temeridad! Los insultos que de él han recibido mis tropas, y que la política me ha forzado hasta ahora á tolerar quedarían largamente vengados.

Silenciosos oyeron los generales franceses la espresion de la voluntad del príncipe Murat, pintándose en sus ojos la alegría con la segura esperanza de nuevas conquistas. El general Lefranc le respondió.

—V. A. conoce el valor de las tropas; los peligros jamás les arredraron, y los que tan fácilmente triunfaron de los ejércitos mas aguerridos de Europa no eclipsarán sus glorias ante un pueblo que aunque lleno de entusiasmo, apenas puede contar con cuatro mil soldados.

—No, le interrumpió con viveza el príncipe Murat: las tropas españolas no se opondrán á mis designios. Todo está previsto. He tomado mis medidas con el infante presidente de la Junta de Gobierno, y quiero asegurárselo así á los oficiales españoles que sirven á mis inmediatas órdenes.

En efecto, una multitud de oficiales españoles por orden del rey Fernando habian salido á Burgos á recibir las tropas francesas, y permanecían á las inmediaciones del gran duque de Berg, hallándose en uno de los salones del palacio que fué del príncipe de la Paz junto á doña Maria de Aragon, edificio que hoy sirve para los ministerios, y del cual sin permiso de nadie se habia apoderado Murat para su alojamiento, dejando el que en el Retiro se le habia dado por orden del rey Fernando.

Hizo entrar á su presencia á los oficiales españoles, y despues de saludarlos cortesmente.—Los soldados franceses y españoles, les dijo, acostumbrados á vencer sobre un mismo campo de batalla, y á coger reunidos los laureles á las orillas del Báltico y en los campos de Lisboa siempre serán hermanos. El paisanage indisciplinado y feroz puede provocar la ira de mis guerreros oponiéndose á medidas dictadas por los reyes legítimos de España para su bien que él mismo desconoce. Los soldados españoles indiferentes á cualquiera movimiento popular deberán permanecer pasivos todo el día de hoy en sus cuarteles. El impetu del paisanage fácilmente se refrena, el choque de las tropas seria muy funesto á la España. Harto ha sufrido y es ya tiempo de que luzcan para ella mas serenos días. Asegurad al soldado de mi aprecio y secundad las miras de vuestros generales.

Retiráronse respetuosamente los oficiales españoles y los generales franceses.

Al tiempo de retirarse los oficiales españoles, el príncipe de Berg llamó á Velarde, quien por sus prendas habia sabido captarse su benevolencia.

—Capitan Velarde, le dijo con el mayor afecto, una nueva era se abre al engrandecimiento de vuestra abitada patria. Los príncipes bajo cuyo cetro desfallecida han transmitido, sabedlo, todos sus derechos á mi hermano Napoleon, el restaurará la España y bajo su po-

derosa proteccion recobrará la paz, la prosperidad, y la libertad. Confundidas ambas naciones nuestra gloria resaltarà sobre vosotros, y el mundo todo se regirá por una sola mano. De hoy mas elevado al grado de coronel quiero que á mi lado sirvais de ayudante de campo; en breve vuestros talentos que he tenido ocasion de admirar, vuestra intrepidez y valor con mi proteccion os proporcionarán el baston de general.

El capitan Velarde sorprendido con el language de Murat.—Señor, le contestó, yo pertenezco á la España, al cuerpo de artillería que desde mi infancia me recibí en su seno, y no trocaré el grado que en él me dió la antigüedad por el baston de mariscal de V. A... Perdonadme. Las bondades que me habeis dispensado desde que cumpliendo las órdenes del rey Fernando VII salí á recibir á V. A. á Burgos y acompañarle á Madrid, están grabadas con indeleble gratitud en mi corazon. Hablo á V. A. con la franqueza de un militar español. Temo que el alto renombre que han adquirido á V. A. sus gloriosas campañas de Italia y de Egipto vengán á eclipsarse ante la inflexible constancia de los españoles...

—Ministro de la voluntad de mi hermano, le interrumpió con altivez Murat, gefe de un poderoso ejercito acostumbrado á llevar la victoria hasta los últimos límites de Europa, los pueblos se postrarán al intimarles sus decretos. La Italia, el Austria los recibieron con pavor. Qué podrá, pues, oponerme una nacion inerme, envilecida?

—Su constancia, su intrepidez, el inestinguible ardor de libertad é independencia.

Sonrióse desdeñosamente el príncipe Murat al ver el fuego con que se espresaba el capitan Velarde, y continuó:

—Sus principales fortalezas están en mi poder. Sus reyes terminarán sus disensiones domésticas entregando á mi hermano una corona minada en sus cimientos. Los últimos vástagos de su dinastia, don Antonio, don Francisco y la reina de Etruria partirán hoy mismo para Francia. Nada puede oponerse á la voluntad de Napoleon. España será suya.

—Príncipe, replicó Velarde, lleno de animacion que crecia por momentos, los franceses han ocupado la España, pero no la han vencido, la alevosia ha puesto en su poder Pamplona, Barcelona y Figueras, la ineptitud del gobierno ha hecho entregaros á San Sebastian, pero la nacion cree aun ver en esta usurpacion una medida de seguridad de los que ha recibido como aliados. Las últimas noticias recibidas de Francia han comenzado á revelar los misterios de la política imperial y todos se aprestan á vengar á su cautivo monarca.

Murat tendió con la mayor amistad su mano al intrépido Velarde y se la apretó diciéndole:

—Os honran tan nobles sentimientos, capitan, pero os engaña ese mismo amor que profesais á la patria. Oponer resistencia seria una temeridad, ni aun debe imaginarse. Las provincias seguirán todas el ejemplo de la capital que se halla en mi poder y con cincuenta mil soldados para apoyar mis determinaciones.

—Cincuenta mil soldados la rodean en todas direcciones, es verdad, señor, pero V. A. habrá visto con asombro que ayer el indefenso pueblo de Madrid atravesaba impertérrito por medio de las imponentes filas de los guerreros vencedores del mundo, cuando volvían en orden de batalla de la revista en el Prado, que algunos paisanos llegaron con serenidad hasta encender sus cigarros en las mechas preparadas de la artillería, y que en sus semblantes se marcaba la espresion de la confianza ó de la indiferencia, y no el pavor y la humillacion que la vista de tan numerosas fuerzas está acostumbrada á producir en otros pueblos...

Murat cuyas facciones contraia la cólera á medida que Velarde le recordaba las escenas de desprecio del

pueblo del día anterior, domingo 1.º de mayo, le contestó con voz terrible y amenazadora.

—La revista de mis tropas ayer en el Prado, me enseña la necesidad de escarmentar al insolente populacho de la capital. Al retirarme á mi palacio un numeroso grupo osó insultar mi persona en la puerta del Sol. Yo les haré conocer en breve que no se insulta impunemente al príncipe Murat. Un solo golpe producirá la sumisión de España. Y al mismo tiempo dió un fuerte golpe con la mano sobre la mesa de su despacho. Velarde intentó en vano calmar su cólera diciéndole:

—No, príncipe, producirá su alzamiento. Veinte años del despotismo de un valido no han podido aun borrar de las almas españolas aquel amor á la independencia, y aversion al yugo estrangero, que duran mucho tiempo aun despues de perdida la libertad. Un silencio amenazador dá muestras ya del mal reprimido enojo. Una chispa bastará á hacer estallar el violento volcan que aun permanece oculto. La salida de los infantes en el día de hoy...

—Y bien? le interrumpió Murat, deseo con ánsia la oportunidad de desplegar mi poder y dar una leccion á este insolente pueblo. Todo está prevenido. Sobre el solo pesará mi cólera. He hecho firmar al infante don Antonio la órden para que la tropa española permanezca todo el día de hoy en los cuarteles sin poder salir de ellos aun cuando estallase una insurreccion. He recibido del capitán general español Negrete la seguridad de que será obedecido. Las tropas permanecerán pasivas.

—Su corazon, replicó Velarde, es español y al contemplar el peligro de sus hermanos al ver correr su sangre....

—Conozco la disciplina y el valor de las tropas españolas. Nuestros ejércitos los admiran en el Báltico y en Portugal. Combaten con valor en el campo, y obedecen á sus gefes aunque les prescriban la misma muerte.

En este momento uno de los edecanes del príncipe entró en la estancia del gran duque, y le entregó un pliego dirigido por la Junta de Gobierno. Leyólo rápidamente el príncipe para sí, dejando ver la terrible expresion que dió á su semblante naturalmente hermoso y apacible, el disgusto que le causaba su contenido. Arrojó sobre la mesa el papel luego que lo hubo leído y exclamó paseándose á grandes pasos por el salon.

—Qué obstinacion! La Junta se opone á la salida de los infantes. Está bien! Yo mismo venceré cuantos obstáculos se opongan. En breve un funesto desengaño disipará las ilusiones que mantiene la agitacion en el pueblo. La indecision de sus gobernantes alimenta sus locas esperanzas, y yo voy á hacerlas desaparecer de un solo golpe.

Despues cojiendo arrebatadamente el sombrero salió del salon diciendo:—Veremos si su inflexible obstinacion resiste á mi presencia.

A pocos instantes despues se oyó el galope de los caballos de la escolta del gran duque que se dirigia al Palacio Real donde la junta celebraba sus sesiones.

Velarde que en el semblante y en las palabras de Murat, vió revelado el odioso plan de esclavizar la patria, salió triste, pero revolviendo en su cabeza mil proyectos para oponerse á la tiranía, ó sucumbir contrastándola.

III.

En la mañana del 2 de mayo se hallaban reunidos en uno de los salones de la planta baja del palacio real, los individuos de la Junta de Gobierno que el Rey Fernando habia dejado establecido para regir el reyno durante su viage y estancia en Bayona, compuesta de los ministros, D. Gonzalo Ofarril, de la Guerra, D. Sebastian Piñuela,

de Gracia y Justicia, D. José Azanza, de Hacienda, y el anciano D. Francisco Gil de Lemus, de Marina; el presidente el infante D. Antonio no se hallaba presente. Mústios y abatidos los semblantes ocupaban los individuos de la junta sus asientos al rededor de una ancha mesa redonda, cubierta de un rico tapete de terciopelo carmesí con ancha franja de galon de oro. Diverso era el modo de pensar de aquellos gobernantes y diversa fué tambien su conducta en este día memorable y que la historia severa ha juzgado. Ofarril y Azanza, fueron despues ministros del hermano de Napoleón. D. Gonzalo Ofarril habia dado órden como ministro de la Guerra de que hasta con las fuerzas españolas se contuviese cualquier movimiento popular.

—La firme resolucion, decia Ofarril, que hemos adoptado de resistir la salida de los príncipes de nuestra dinastia es justa, honrosa para nosotros, señores, pero faltos de medios para sostenerla; de un momento á otro debemos de temer una nueva violencia. La justicia inspiró el negar la libertad de Godoy que tan imperiosamente se nos pidió y Godoy con menosprecio de la autoridad se vió libre, y hoy al lado de nuestros enemigos. Apenas el rey Fernando salió para Francia Murat nos intimó que sus ejércitos no reconocen en España mas rey que á Carlos IV, y así quiso anunciarlo á la nacion; á precio de condescendencias continuas, compramos la suspension de una declaracion que nos hubiera envuelto en mil horrores. Desde entonces reitera su amenaza. Qué no deberemos temer de su carácter audaz cuando se trata de un golpe decisivo?

—El Infante D. Antonio, dijo el anciano Gil de Lemus, sacando una carta, no ha podido resistir á las falaces sugerencias de Murat, y vá á salir para Francia. Veinte y cuatro horas hace que abandonando la presidencia de la Junta, nos deja en cruel incertidumbre, faltos de la respetable sombra que su augustó nombre nos prestára. Ved la inconcebible carta que me ha dirigido, documento que apenas podrá creerse un día.

El anciano ministro leyó.

AL SEÑOR GIL:

A la Junta para su gobierno la pongo en su noticia como me he marchado á Bayona de órden del rey, y digo á dicha Junta que ella siga en los mismos términos como si yo estuviese en ella.—Dios nos la dé buena. A Dios señores hasta el valle de Josafat.

ANTONIO PASCUAL.

Atónitos quedaron con la lectura de esta carta todos los ministros, y si las circunstancias no hubiesen sido tan terribles, seguro que á sus labios hubiese asomado una alegre sonrisa al oír la carta del buen infante Antonio Pascual; pero los momentos eran críticos, y los destinos de la patria iban á decidirse en ellos. Aumentaba el compromiso de la Junta la llegada el día anterior de D. Justo María Ibarra, oidor del consejo de Navarra, á quien el rey Fernando habia encontrado medio de enviar secretamente desde Bayona, á decir á los ministros que procurasen conservar la paz y buena armonia con los franceses, sin dar lugar á incidente alguno que pudiese comprometer hasta sus vidas.

Cuando en tan afflictivas circunstancias se hallaban deliberando los individuos de la Junta, con órdenes terminantes del rey para ceder á todo, abandonados de un modo tan grosero del infante Presidente, y con la revolucion popular que sordamente se agitaba ya en el pueblo, abrióse de repente la puerta del salon de sus sesiones, y el príncipe Joaquin Murat entró con ademán altivo y dirigiéndose á los ministros que respetuosamente se habian levantado para recibirle.

—Hasta cuándo señores, les dijo con tono firme y decidido, vuestra obstinada resistencia ha de ser un obstáculo á la prosperidad de la España? Con qué derecho la Junta osa retardar las órdenes de su legítimo monarca, oponiéndose á la salida de los infantes para Bayona?

—V. A. sabe, contestó el anciano Gil de Lemus, que la Junta ejerce su poder á nombre de Fernando VII. A él solo obedeceremos.

—Gefe de los ejércitos del emperador, cumpliré sus órdenes sin investigarlas. Napoleon no reconoce mas rey que á Carlos IV. El infante D. Antonio y la reina de Etruria árbitros de sus personas, han decidido voluntariamente su marcha. Quien de vosotros negará al anciano Carlos IV el derecho de llamar á su compañía un hijo que vuestras mismas leyes por su infancia colocan en su poder?

—La política, el interés de la nacion entera, replicó Lemus, nos obligan á defender su inocencia de los amagos de un poder colosal, en que pérfidamente ha caido el monarca con toda su familia. Solo resta á España este niño. En él reposan ya sus esperanzas. Jamas consentiremos en su marcha.

—La violencia, añadió despues D. Sebastian Piñuelas, podrá arrancarlo de brazos de su pueblo, pero quien responde de que no os sea funesta la indignacion popular? La obstinacion de V. A. vá á conmovier los ánimos, nosotros no respondemos de sus terribles consecuencias. La tranquilidad.....

Bruscamente interrumpió Murat á los ministros cansado de contradicciones, diciéndoles:

—Yo me encargo directamente de ella. Vuestros hombros demasiado débiles no pueden soportar la carga del gobierno del estado. De hoy mas reposará sobre los míos. Presidente de esta Junta, sus decisiones serán las que convengan á la España. Yo tengo la energia necesaria y la fuerza suficiente para hacerlas obedecer. Esperaba en breve de Carlos IV el nombramiento de su lugar-teniente general; y diferia hasta entonces tomar las riendas de su gobierno, pero vuestra vana obstinacion precipita los sucesos.

—Depositarios de la autoridad suprema, contestó con dignidad el anciano ministro de Marina, no podemos transmitirla sino al mismo de quien la hemos recibido.

—V. A. es un general estrangero, y jamás podrá sentarse entre los representantes del monarca español, se apresuró á decir Azanza.

—Mi voluntad es inflexible, contestó Murat. Sordo á la persuasion y firme á la resistencia sabré completar los designios del emperador.

—Contais, respondió con decidido valor, Gil de Lemus, con la inflexibilidad que dán á vuestra voluntad cincuenta mil bayonetas, pero mi honor es superior, mas firme que ellas. Arrebatad el timon de la España, tiradla á vuestro arbitrio, pero jamás asistiré á la degradacion de mi patria.

—Cesó nuestro poder. Nos retiramos, dijo Ofarril, y todos se disponian á salir del salon.

Murat entonces levantándose y deteniéndolos con ademán imperioso.—No, quedáos, les dijo. Ninguno de vosotros saldrá de este recinto.

Llamó en seguida á uno de sus ayudantes el comandante Lecour, y en presencia de los individuos asombrados unos con tanta audacia, aterrados otros; le dijo:

—Que los infantes salgan inmediatamente para Francia, esparcid en el pueblo que la Junta lo dispone; esta noticia calmará los ánimos, y si intentasen aun una vana resistencia, vengad los ultrages recibidos.

Partió inmediatamente el ayudante á cumplir los mandatos del príncipe Joaquín Murat. Dulcificando este algun tanto el áspero tono que hasta entonces habia usado, se dirigió de nuevo á los individuos de la Junta.

—Mis designios, les dijo, son el salvar vuestro pais de la abyeccion en que se encuentra. Los hombres mas eminentes en talento, y en riqueza van á reunirse en derredor de Napoleon. Cuenta con el auxilio de estos insignes españoles. Acostumbrados á llorar largo tiempo en silencio los males de la patria ansian el momento en que Napoleon, con una mano fuerte y poderosa empuñe el cetro, y dé al pais sus antiguas leyes en una constitucion sabia y libre.

—Sí, príncipe, respondió Gil de Lemus tristemente, al meditar la usurpacion de la corona ha calculado Napoleon el poder de estos elementos de traicion: hijos espúrios de la triste patria: de que les sirven sus talentos y sus riquezas, si los emplean en preparar el yugo á su indomable cuello? Napoleon mismo los mirará con desprecio, único galardón de los traidores, y si un dia la generosa España puede perdonarlos, no por eso podrá borrar el oprobio que sellará su frente. Si no os apoderais de mi persona, os lo advierto, príncipe Murat, mañana mismo me alejo para siempre de este funesto recinto donde solo se respira el aire envenenado de la tiranía.

—Y á dónde, á donde os conducirá vuestra ilusion que no alcance mi poder en España? le dijo el príncipe, mirándole con una sonrisa de piedad desdeñosa que le inspiraba tan extraordinario ardor en edad tan avanzada.

El anciano marino, llevando la exaltacion hasta el último estremo:

—A cualquier punto, le contestó, al último confin de la Península, á donde se reúnan los hombres amantes de su Rey, de su religion y de la independencia allí, allí está España, á ellos reuniré mis esfuerzos, y viviré libre ó desmintiendo mis cansados años pereceré como valiente.

El príncipe Murat perdonó este arranque de pundonoroso patriotismo y marchó á situarse al frente de su palacio para estar dispuesto á todo acontecimiento. Los individuos de la Junta detenidos en el salon de sus sesiones por la órden de Murat se ocuparon en nombrar secretamente otra Junta de personas que se hallaban en paisés aun no ocupados por los franceses que pudiesen sustituirla, y servir de centro de gobierno á la nacion, preparándose á hacerles saber esta resolucion por medio de confidentes fieles y sagaces, porque conocian muy bien que sus poderes habian espirado, y que la hora fatal de la lucha iba á sonar ya. No se hizo ciertamente aguardar mucho. La señal del combate entre la usurpacion y la legitimidad, entre la esclavitud, y la independencia, se dió por el pueblo heróico de Madrid de un modo terrible, y que forma una de los mas bellas pájinas de su gloriosa historia.

IV.

Varios coches de camino, y una grande escolta de tropas francesas se hallaban en la plaza de Palacio que estaba llena desde muy de mañana de una inmensa multitud de hombres y mugeres que contemplaban tristemente los preparativos del viage. Veíase grabado en sus semblantes el carácter de aquel triste abatimiento que precede á las grandes esplosiones del alma. A las nueve la reina de Etruria con sus hijos salió de Palacio en donde quedaron dos coches, que varios criados de la casa real cargaban con precipitacion. Corrió el rumor de que aquellos coches estaban destinados para la salida del infante don Antonio; y la servidumbre del infante don Francisco referia en algunos corrillos que este interesante niño lloraba lleno de dolor no queriendo salir de Madrid. Esta noticia conrtrista á las mugeres y desespera á los hombres. A las once un edecan de Murat viene á dar la órden de la marcha; y el pueblo que adivina fá-

cilmente su comision profiere contra él las mayores injurias y amenazas. Al bajar por la escalera principal para tomar el coche los infantes don Antonio, y don Francisco su presencia arrebató á la multitud, y una miserable anciana, que aun se ignora si desahogó sus propios sentimientos, ó sirvió á los designios de los franceses, exclamó en alta voz: *Válgame Dios, que se llevan á Francia todas las personas reales!* Este grito es la señal de la esplosion de la violenta ira de la multitud, que se lanza presurosa á cortar los tiros de los coches destinados á conducir los príncipes, resuelta á impedir su marcha. El destacamento de la Guardia Imperial que debía de servirlos de escolta hace fuego entonces sobre la multitud indefensa, que lejos de aterrarse, ataca denodada á los soldados vencedores del mundo. El fuego de la insurreccion se estiende con la celeridad del rayo, Madrid entero se levanta contra los franceses, y cada casa es una fortaleza: ármense como pueden los habitantes de toda clase, edad, y sexo, y llenos de rábía y desesperacion atacan á los franceses en las calles y en las plazas, unos cuerpo á cuerpo, y otros desde lo alto de los tejados y ventanas.

No se oian mas que voces mezcladas con el redoble de los tambores y trompetas que llamaban á los soldados á sus respectivos cuarteles, pero interin llegaban las tropas continuaba en todas partes el asesinato de los franceses aislados. Veianse jóvenes resueltos sin mas armas que un puñal ó un palo arrojarse con el mayor denuedo á los franceses y morir contentos despues de haber atravesado á dos ó tres de estos: otros desde las esquinas asestaban sus tiros contra los edecanes que conducian órdenes y entorpecian las comunicaciones, otros reunidos en corto número hicieron retroceder grandes masas de caballería, otros saltando con la mayor agilidad sobre los caballos del enemigo derribaban á puñaladas á los ginetes haciéndose dueños del caballo y de las armas. Otros degüellan en sus mismas casas á los oficiales alojados en ellas: los albañiles desde la altura de las obras en que los sorprendió el movimiento lanzan sobre los franceses cuantos materiales tenian á mano. Las mugeres desde los balcones arrojan tiestos, ladrillos, piedras y agua hirviendo sobre las tropas que recorrian las calles. Y hasta los niños tomaron parte en esta heroica lucha, y así se vieron muchos descalzos de pié y pierna que á diez pasos de distancia tiraban piedras cara á cara á los dragones formados en escuadron, mientras que otros arrastran y golpean al moribundo francés hasta verle dar el último suspiro. Cien combates se trababan á la vez y en distintos puntos y el corazon sensible se horroriza al pisar tanto cadáver francés. El odio del pueblo es sobre todo inexorable contra los mamelucos que caen en sus manos, ansioso de herir con un solo golpe un francés y un musulman.

En tanto cuatro mil hombres de tropas españolas se hallaban encerrados en sus cuarteles en donde los gefes apenas podian contenerlas.

Tres horas eran transcurridas desde que se habia empeñado la terrible lucha entre el pueblo y sus opresores, y los habitantes de Madrid continuaban incansables en la destruccion y carnicería de los franceses.

El gran duque Murat monta á caballo desde el principio de la insurreccion y se mantuvo al frente de la puerta de su palacio, junto á doña María de Aragon, rodeado de su guardia. Cuando diversos edecanes le dieron á conocer la estension terrible del movimiento popular; dirigiéndose á su estado mayor les dijo:

—Que las tropas ocupen las puertas de la capital, y queden cerradas para todo el mundo. La llegada de los habitantes de los pueblos inmediatos haria mas crítica nuestra situacion. Grouchi con mis legiones corred á sembrar la muerte y el horror entre los rebeldes. Solda-

dos, armaos de furor que vuestras espadas ociosas desde que pasamos el Pirineo salgan ansiosas de sangre española. Perezcan cuantos habitan este insolente pueblo! No os detengais. Yo lo entrego á vuestra justa venganza. No perdoneis edad ni sexo. Quiero se dude un dia si existió Madrid.

—Será nuestra venganza completa, replicó el general Grouchi, pero va á sernos funesta. Los habitantes combaten encarnizadamente resguardados de sus habitaciones. Huirán de nuestra presencia, pero alevosamente sus golpes disminuirán nuestros batallones, y atacados por delante, por la espalda, desde las alturas y en todas direcciones serán inútiles nuestros esfuerzos. Sacad las tropas fuera de la capital, abandonad á su propio furor á este insensato pueblo. Disponed la salida de las tropas españolas que fieles á las órdenes de sus gefes no han tomado parte en la lucha. El entusiasmo popular es violento, pero momentáneo, el tiempo lo calmará, es-terminad entonces este rebelde pueblo sin esponer á perecer al puñal de unos asesinos á los valientes que respetaron las balas de Austerlitz y Jena.

Un momento quedó pensativo Murat, arqueó ceñudamente sus grandes y pobladas cejas, y una espresion maligna animó sus ojos.

—Bien decis, Grouchi, contestó. Una leccion terrible, someterá á este indomable pueblo. Evitemos la efusion de sangre francesa. Castiguemos á los españoles con sus propias armas. Alevos hacen perecer á mis valientes tropas, perezcan pues alevosamente; Grouchi, haced que los ministros de los consejos supremos que se hallan reunidos en el local de sus sesiones, salgan solemnemente acompañados de los guardias de Corps, de algunos generales franceses y divididos en secciones recorran los barrios de la capital llevando en las manos pañuelos blancos, publiquen paz, perdon, una amnistia, si los habitantes deponen las armas y se retiran á sus casas. Estoy seguro que á la dulce voz de paz proferida por los trémulos labios de los magistrados venerables los habitantes de Madrid depondrán las armas, y á la voz de sus autoridades pasarán de la exaltacion á la prudencia, y del furor al respeto. Entonces debe empezar nuestra venganza. Entendedme bien, Grouchi, constituíd una comision militar en la casa de correos, inundad de patrullas las calles de la capital, que conduzcan á cuantos encuentren con armas á vuestra presencia, y condenadlos sin piedad á muerte. Que el terror hiele el fanático entusiasmo de los españoles.

—El ejército francés, contestó Grouchi, deberá á vuestra prudencia la sangre que le eviteis verter en lucha tan desigual. Ministro de vuestra voluntad yo cumpliré con ella dignamente. Los madrileños depondrán sus armas y despues.... Despues, señor, corre de mi cuenta que vuestro nombre y el de este aciago dia lo recuerden con terror por muchas generaciones.

En este momento un edecan á todo galope llega por la parte de la plazuela de Santo Domingo á la presencia de Murat, y con entrecortadas palabras aun no repuesto de la fatiga de la carrera le dice:

—La lucha continúa con el mayor encarnizamiento. Los soldados españoles permanecen pasivos en sus cuarteles, bien que indignados contra sus gefes que hasta ahora han logrado retenerlos, pero un funesto incidente va á hacerlos faltar á la subordinacion, y á precipitar sobre nosotros otras nuevas fuerzas. El capitán don Pedro Velarde á quien tanto distinguia V. A. enciende el fuego de la sedicion. En vano le intimaron sus gefes la órden de permanecer en la secretaría de la direccion á que pertenecia. *Vamos á batirnos!* esclama, toma un fusil de la guardia de artillería, manda aun ordenanza que le siga con otro fusil y se dirige al cuartel de los voluntarios del Estado. Presentase en su puerta

seguido de un numeroso pueblo. Habla á los soldados, acalora sus ánimos, y arrastra tras sí á cuarenta de ellos con sus oficiales. Con estas fuerzas se precipita en el Parque de Artillería. La guardia francesa sorprendida repentinamente rinde las armas. A Velarde se reúne entonces otro oficial de su mismo cuerpo. Un inmenso pueblo se dirige al Parque en que tratan de tomar posiciones los rebeldes y con gritos espantosos piden *armas! armas!* para continuar esta mortífera lucha.

—A toda costa, dijo Murat apretando sus puños enfurecido, á toda costa es preciso apoderarnos de ese punto. La menor dilacion puede sernos funesta. Conozco el ímpetu del alma de Velarde y la estension de sus conocimientos. Si las tropas imitan su ejemplo, inútiles serán las medidas, que para ahorrar la sangre de mis soldados, he adoptado. Fortificado en un solo punto, se atreve el pueblo á desafiar nuestro inmenso poder. A tí, Lagrange, confío el ocupar el Parque. Sofoca en sangre la rebelion, sé el relámpago que anuncies la proximidad del rayo. Yo te sigo, y si antes de que el sol termine hoy su carrera, no está Madrid sometido á mi poder, sus cenizas volarán á anunciar á la Europa aterrada con nuestros triunfos la gloria de nuestras águilas y la esclavitud de todo el continente.

Inmediatamente el general Lagrange con grandes fuerzas marchó al Parque de Artillería, y el príncipe Murat con el mariscal Moncey y los demas generales que no mandaban cuerpos, tomó posicion en el alto de la puerta de S. Vicente con un regimiento de fusileros de la guardia imperial.

Las tropas que se hallaban en Madrid, recorrieron las calles y sus gefes destacaban partidas que entrasen en las casas de donde se les habia hecho fuego y castigasen á los agresores. La artillería volante hizo varias descargas en la calle de Alcalá sobre la multitud que no por eso se arredró y continuó el ataque: la columna apostada en la plaza de Palacio, subió por las Platerías y la calle Mayor, haciendo fuego á los balcones y ventanas: y al mismo tiempo, y hora de las doce las columnas francesas de los campamentos de Chamberí, San Bernardino y la casa del Campo, entraron en la capital y ocuparon todas sus calles.

La caballería de la guardia imperial penetra por la puerta de Alcalá y en dos divisiones, carga al galope á la multitud por las calles de Alcalá y carrera de San Gerónimo; viniendo á situarse en la Puerta del Sol en donde son inhumanamente asesinados grupos enteros de patriotas. Al mismo tiempo una columna de infantería ocupaba la estension de la calle de S. Bernardo reuniéndose en la plazuela de Sto. Domingo con las tropas que defendian las inmediaciones del Palacio de Murat. Fuertes destacamentos de caballería sitiaban las puertas de la capital para impedir la entrada de los habitantes de los pueblos inmediatos. Todas las calles de Madrid estaban herizadas de bayonetas y en todas se combatía sin consultar su número.

Las órdenes de Murat se ejecutaron cumplidamente. Los ministros de los tribunales supremos recorrian los diversos barrios de la capital, y aplacaron el tumulto.

Ejemplo único en los anales del mundo, y digno del mismo pueblo que en 19 de marzo de aquel año contuvo su indignacion contra el privado, á la sola voz augusta de un príncipe idolatrado.

V.

El Parque de Artillería española, situado en la calle de S. José en el barrio de las Maravillas, en la casa que fué palacio del duque de Monteleon, acababa de ser ocupado por D. Luis Daoiz, y D. Pedro Velarde con

TOMO II.

treinta y tres hombres de voluntarios del Estado haciendo rendir las armas á un destacamento de cien franceses que lo guardaban. Reunidos á catorce artilleros españoles, que allí habia, inválidos la mayor parte, abrieron las puertas del Parque y dieron entrada á una multitud de hombres y mugeres que se precipitaron en tropel en el patio gritando *armas! armas!*

—Si, valientes, les decia Velarde, apoderáos de ellas. La muerte circunda por vuestras cabezas: el tiempo urge. Preparémonos á recibir á nuestros agresores y que no encuentren indefensos vuestros robustos brazos.

—Armados qué temeremos, gritaba un paisano, de esos franceses que acabamos de combatir sin armas cuerpo á cuerpo!

—Que vengan! Que vengan aqui! gritaban llenas de furor las mugeres.

—Nosotros marcharemos á buscarlos, decian los soldados.

—Deteneos! dijo á los soldados Velarde, conteniendo su ardimento, y sus deseos de salir acompañando á los paisanos que se habian apoderado de los fusiles que habia en los almacenes. Esos valientes van á recibir combatiendo una gloriosa muerte. A nosotros toca vengarlos de un modo terrible. El ardor y el conocimiento suplirán los recursos. Las municiones son escasas, es preciso emplearlas á tiempo y con seguridad.

—Estamos prontos á perecer, contestaron todos, la Providencia coronará nuestros esfuerzos!

En un momento los treinta y tres soldados voluntarios del Estado coronaron en union de varios paisanos armados las alturas del Parque al mando de un teniente llamado Goicochea, interin Daoiz y Velarde seguidos de una multitud de hombres y mugeres sacaron tirados á brazo cinco cañones. Colocaron dos enfilando la calle de S. Pedro la Nueva, en lo interior del Parque cuyas puertas se cerraron inmediatamente, y los otros tres el uno á la salida del cuartel mirando á la calle ancha de S. Bernardo, otro en la confluencia de las cuatro calles que están al extremo superior de la de S. José, el que fué servido por las mugeres cuando murieron los artilleros á quienes se encargó, y el tercero quedó de reten en el patio.

Hechos estos terribles preparativos, un momento de silencio imponente, aterrador, reinó en aquella entusiasmada muchedumbre que de un momento á otro aguardaba ser atacada.

—Valientes compañeros, dijo Daoiz, llegó la hora de la lucha. La libertad vá á lanzar sobre la adormecida España su penetrante grito de alarma. A su eco glorioso corresponderán los pueblos todos.

—Sí, la España nos deberá su independencia, respondió Velarde, morir vengando á la vez la patria y el cautivo monarca es solo nuestro afan. El pueblo en masa combate á los franceses. La audacia equivale al número y vence los peligros. Sostengamos el valor de nuestros hermanos, abrámonos hasta llegar á ellos un camino por medio de las filas enemigas. Venganza! é independencia!

—Venganza é independencia! respondió un grito terrible atronador, lanzado por la muchedumbre que ocupaba el Parque.

El redoble de los tambores y el eco de las trompetas de las columnas francesas que venian en todas direcciones á atacar el Parque contestó por fuera á las ardientes exclamaciones de los españoles.

Las columnas al mando del general Lefranc se dirijan á paso de ataque al palacio de Monteleon donde los modernos Leonidas debian como en las Termópilas detener muriendo, los ejércitos del moderno Jerjes. Todos volaron á sus puestos. Algunos sacerdotes mezclados entre los combatientes, bendijeron al tiempo de

marchar con el fusil al brazo á sus conciudadanos implorando en su interior la asistencia del Eterno.

Al recibir la intimacion de rendirse, al avistar las columnas francesas el cañon cargado á metralla, responde arrollando la columna enemiga. Por tres veces cargan nuevas tropas á paso de ataque contra la débil bateria española, y son nuevamente arrollados dejando la calle cubierta de cadáveres. El combate se renueva con mas furor y el enemigo reforzado por todas partes emprende un ataque general; pero Daoiz y Velarde aplican á un mismo tiempo la mecha á sus cañones y la columna entera queda destrozada, sembrada la calle de cadáveres y puestos en fuga los franceses.

Volvió á renovarse el ataque en el que fué gravemente herido Daoiz, por no haber querido ponerse á cubierto de la metralla enemiga sin poder reducirle á que se retirase. La metralla se acabó y con un cajon de piedras de chispa que encontró en los almacenes Velarde, cargó las dos últimas veces Daoiz y disparó su cañon. Volviéron á la carga los franceses, y mientras Velarde activaba dentro del Parque el apresto de municiones tuvieron que replegarse al interior del edificio los pocos artilleros y voluntarios que habian quedado. Daoiz herido y sin querer retirarse al cuartel permaneció casi solo en medio de la calle apoyado sobre un cañon, no pudiendo por su herida sostenerse en pie, pero con su espada



en la mano. El general Lagrange só color de tratar de parlamento se le aproxima para insultar el heroismo, y alza su sable para herirle, pero Daoiz le dá una fuerte estocada, y sofocado con el número de los franceses que cargan sobre él, recibe innumerables heridas de las que murió aquella misma tarde.

Velarde al salir del almacen halla ya el patio del Parque inundado de franceses y un oficial polaco le aseta por la espalda alevosamente un pistoletazo que atravesándole el corazon le dejó sin vida en el momento.

Los voluntarios continuaban desde el interior del edificio el fuego, pero el asesinato de sus valientes comandantes desanimó su corazon, y mas que nada la intimacion hecha por los franceses haciéndoles saber que Madrid se habia pacificado á la voz de sus magistrados.

—Respetad la victoria, decia á aquellos héroes el general Lefranc, fatigadas nuestras tropas de una sangrienta carniceria han ofrecido á vuestros conciudadanos la paz. Vuestros magistrados han recorrido las calles

en union de nuestros generales y soldados. La calma y la tranquilidad se han restablecido. La clemencia del príncipe Joaquin Murat ha hecho caer el puñal de manos de los ilusos. Ha olvidado generoso la muerte aleve de algunos de sus valientes. Deponed ya las armas, imitad al resto de la poblacion y bendicid la piedad del príncipe encargado de la prosperidad de vuestra pátria.

Los pocos que habian sobrevivido á tan heroica defensa entregaron sus armas.

—Los rebeldes no existen! exclamó entonces ufano el general francés. Madrid se ha sometido. Murat completará su obra dando un gran ejemplo á los siglos venideros!!

El eco lejano de descargas por intervalos interrumpidas anunciaba ó la continuacion de la lucha ó que empezaban los franceses á inmolar víctimas indefensas á su cruel venganza.

Asi era. Un bando publicado al tiempo de anunciar la pacificacion imponia la pena de la vida á cuantos se

encontrasen con armas. Bando que á pesar de haber sido oído por muy pocos, empezó á obligar desde luego, y en un día en que por la general efervescencia se hallaban obligados á llevarlas cuantos ignoraban la prohibición de su uso. La capital se inundó de patrullas que recorriendo sus calles registraban escrupulosamente á todos los que encontraban, y los conducían á los cuerpos de guardia mas inmediatos y de allí á la casa de Correos, donde se habia establecido una comision militar presidida por el capitán general español D. Francisco Javier de Negrete, y el general frances Grouchi y desde donde eran conducidos al Prado y fusilados allí inhumanamente, sin concederles la asistencia de un sacerdote que los auxiliase en sus últimos momentos. Asi, y aun sin ser llevados á la comision, perecieron muchos inocentes cuyo único crimen era el haberseles hallado casualmente una navaja, tijeras ó cortaplumas: hasta algunos miserables barberos por encontrarles las navajas de afeitar, los infelices tragineros por las agujas de enjalar que traian segun costumbre en las monteras, y aun los esquiladores que llevaban descubiertas las tigras de su oficio. Sacaron ademas á los pacíficos habitantes de las casas de donde habian recibido mas daño los franceses, y fueron igualmente condenados á muerte hombres, mugeres, sacerdotes, religiosos, todos confundidos perecieron impíamente en la noche terrible del Dos de Mayo cuyo lóbrego silencio interrumpia á largas distancias el pavoroso estruendo de las descargas que abrian la puerta de la inmortalidad á centenares de victimas de la Patria.

VI.

El efecto inmediato del cañon del Dos de Mayo y de las sangrientas ejecuciones de las victimas del Prado y de la montaña del Principe Pio, donde en la mañana del tres fueron fusilados cuarenta paisanos indefensos, fué convertir repentinamente la España en una nacion militar. Todas las provincias corrieron presurosas á las armas como el solo medio de vengar tantos ultrajes y organizando cada una de ellas un gobierno provisional y patriótico se declararon contra el tirano. Ni la falta de un gobierno central, ni la de tropas y recursos para la guerra, ni la presencia de ciento y cincuenta mil franceses en los puntos mas ventajosos de la peninsula, ni la opinion de invencibles que estas tropas tenian en Europa pudieron arredrar en su noble decision á los españoles. Un grito uniforme de guerra y de venganza resonó en todos los ángulos de España, y en siete gloriosas campañas desde 1808 á 1814 vencieron lashu estes de Napoleon, derribaron su inmenso poderio y alzaron el trono de su rey, cautivo alevosamente en Francia.

En la primera campaña, (1808) el triunfo de Bailen superó á cuantas operaciones de esta naturaleza habian ocurrido anteriormente en Europa, pues Dupont fué el primer general de Bonaparte que tuvo la humillacion de rendir sus águilas y ponerse á discrecion de sus enemigos. La defensa de Zaragoza dió á la Europa atónita un ejemplo sin igual de lo que puede un pueblo esforzado, decidido á sostener sus mas sagrados derechos, ejemplo que por su calidad será mas pronto admirado que imitado. Los sucesos del Bruch, de Valencia, de Gerona, de Cadiz y varios otros aunque pequeños en sí, pero de mucha importancia, son capaces por sí solos de ilustrar á las tropas y pueblos que los ejecutaron. La venida á la Peninsula de las tropas españolas que en el Norte de Europa mandaba la Romana, fugándose de la dependencia de sus enemigos en que estaban, es una prueba evidente del patriotismo que animaba en aquella época á todos los españoles.

En la segunda campaña, (1809) se presentan de nuevo Zaragoza y Gerona, terror de Napoleon y de su imperio. La primera, despues de una defensa que no tiene igual en la historia, y que ocupó á dos cuerpos de ejército francés, se rindió á los sesenta dias de sitio, no por las balas ni las minas, ni por los esfuerzos de los enemigos, sino por la escasez de víveres y sobre todo por los estragos de una epidemia desoladora. La segunda resistió siete meses y su defensa fué de mas duracion que la guerra de Austria ocurrida en el mismo año. Los esfuerzos de esta ciudad invicta sobrepujaron todas las defensas de los tiempos modernos, inclusa la de Génova por Massena, y si tiene algun simil en la historia, es preciso buscarlo en otros siglos ó en la misma Gerona ó en las plazas que en Flandes y en Holanda defendieron los mismos españoles. La guerra de Galicia se presenta luego como el suceso mas importante, y por él se puede conocer la fuerza de un pueblo fiel que sin armas, sin plazas y con solo el auxilio de los restos de un ejército batido, supo luchar contra el poder de dos cuerpos de ejército frances mandados por dos mariscales célebres, y á los cuales logró echar de su suelo despues de haberles reducido á la mitad de su fuerza.

Las batallas de Valls, Medellin, Belchite, Almonacid, Tamames y otras varias acciones, unas ventajosas á las armas españolas, otras adversas, prueban no obstante la decision y valor de las tropas de esta nacion que inferiores á los franceses en fuerzas, organizacion y conocimientos militares, y en medios de hacer la guerra, no dudaban presentárseles donde quiera que les encontrasen, ni temian una derrota porque volvian al instante á formar nuevos ejércitos y presentarse al enemigo.

En la tercera campaña, (1810) las defensas de Hostalrich, de Astorga, de Ciudad-Rodrigo, de Cadiz y de la Isla de Leon, lo mismo que los importantes servicios de los cuerpos francos, manifiestan con evidencia que ya que los españoles no podian por falta de medios presentarse en línea á los enemigos, sabian resistirles con valor en puntos fortificados, y atacarlos en pequeños cuerpos donde el valor individual es mas necesario, y menos los aprestos militares de que carecian.

En la cuarta campaña, (1811) la sorpresa de Figueras dió una prueba de lo que podia el patriotismo español, la batalla de Albacete hizo ver lo capaces que eran los españoles de luchar con ventaja contra los franceses cuando no carecian de organizacion y de medios, la sorpresa de Arroyo-molinos la cooperacion que sabian prestar á sus aliados, y las operaciones de los cuerpos francos las grandes ventajas que llevábamos á los enemigos en esta especie de guerra. Sobre todas deben escitar nuestra admiracion las operaciones de Mina y del Empecinado, que perseguidos por cuerpos de tropas muy superiores á las de su mando, vencian en todas partes y se libertaban de sus enemigos como por milagro. Las defensas de Sagunto y Tarifa, la toma de Calatayud, y la destruccion de la línea de puntos fortificados desde Lérida á Barcelona, añadieron en esta campaña nuevo lustre y gloria á las tropas españolas.

En la quinta campaña (1812), las operaciones del general Ballesteros en el campo de Gibraltar y paises adyacentes, el sitio de Astorga y la cooperacion que prestaron á los ejércitos aliados los cuerpos españoles prueban la utilidad de que eran los esfuerzos de estas tropas para las operaciones generales, y el mucho partido que de ellas sacaba el general Wellington que por su medio tenia entretenidos mas de cien mil enemigos, al paso que la voladura de Lérida y la reorganizacion del primer ejército español manifiestan con evidencia el ardor y eficacia con que se deseaba la destruccion del enemigo.

En la sexta campaña (1813) Sorauren y san Marcial prueban en todo su esplendor los efectos del valor español dirigido oportunamente y auxiliado de los medios necesarios, al mismo tiempo que los demas esfuerzos que se hizo en la Salud, en el Ordal, en Pancorbo, Amposta, Larum, Pamplona y otros puntos indican la utilidad de que fué para las operaciones generales.

Finalmente en la séptima campaña, (1814) la batalla de Tolosa en que tanta parte tuvieron las tropas españolas, y la reconquista de Lérida, Monzon y Mequinenza no dejan duda de que los ejércitos españoles habian llegado á aquel grado de perfeccion necesaria para ser opuestos con ventaja á sus enemigos.

Si de los esfuerzos por el ejército español y cuerpos francos pasamos á observar los que hicieron las demas clases del estado, veremos un cuadro verdaderamente grandioso é interminable. Las heroicas victimas del Dos de Mayo de 1808 tuvieron dignos y numerosos imitadores en el discurso de esta larga guerra. Víctimas de la rabia francesa y del amor á su patria fueron los que Lanncas sacrificó despues de haberse posesionado de Zaragoza, las que Duhesme privó de su existencia en Barcelona, las que Suchet sacrificó á sus miras en el asalto de Tarragona y luego despues de haber ocupado á Valencia; los individuos de la junta de Burgos inmolados en Soria, cuyo único crimen era los deseos ardientes de la libertad de su rey y de su patria.

Ni los horrores de una sangrienta y duradera guerra, ni la total ruina de sus propiedades y habitaciones, ni el continuo peligro de su existencia pudo arredrar á los españoles en la oposicion que hicieron á las ideas y planes del tirano, antes bien decididos á triunfar ó á sepultarse en las ruinas de su patria, sacaban nuevos recursos, nuevo ardor, nuevos deseos de venganza de los mismos terribles medios con que Napoleon y sus tropas querian oprimirles.

Cuántos padres en esta guerra hicieron gustosos el sacrificio de sus amados hijos! Cuántas madres prefirieron verlos perecer antes que en el partido de sus enemigos! Cuántos españoles pegaron fuego á sus mismas casas y mieses ó porque se consideró útil para las operaciones militares, ó por privar de su abrigo y utilidad á los enemigos! Hasta el sexo débil libre por su constitucion de concurrir á las terribles escenas de la guerra, quiso tomar parte en la que los españoles hicieron á Bonaparte. Dígalo sino Zaragoza, Gerona, Astorga, Ciudad-Rodrigo y el mismo Cadiz donde las mugeres despreciando el peligro, acallando las voces del temor que les es natural, sirvieron con utilidad en muchas defensas, y en todos puntos supieron inspirar constancia y valor á los defensores.

Todas las clases del estado contribuyeron á porfia con sus facultades al éxito de esta gloriosa lucha. El estado eclesiástico cedió sus bienes y hasta los mismos tesoros con que la piedad habia enriquecido los templos. Los grandes y la nobleza privándose de su ostentacion, y reduciéndose á la mas estricta economia cedieron sus rentas y sus joyas, corrieron en la mayor parte á las armas, y algunos de ellos dieron el saludable ejemplo de servir en los ínfimos empleos de la milicia. Las demas clases rivalizaron de celo con las superiores y en toda España no se veia mas que una ley, un objeto y unos mismos deseos.

Los gobiernos que durante el cautiverio del soberano ejercieron su poder invocaron de continuo el sagrado nombre de la patria, y los españoles amantes en grado heroico de ella jamas se hicieron sordos á sus voces. Nuevos ejércitos ocupaban el lugar de los batidos y dispersados por los enemigos, nuevas quintas reemplazaban á los soldados que consumia la guerra, y muchos de ellos prisioneros en varias acciones se escapaban hasta de los

mismos depósitos de Francia para ir otra vez á partir con sus antiguos compañeros en los ejércitos españoles las penas y trabajos, las fatigas, las prisiones, y el peligro á que de continuo estaban espuestos. Tantos sacrificios obtuvieron el triunfo mas completo, Fernando tornó libre al trono de sus padres. Napoleon descendió de su trono, y fué confinado á la isla de Elba primero, y despues á la roca de Santa Elena.

VII.

La invasion francesa colocó á José Bonaparte en el trono de Fernando VII: la nacion entera lo repelió por seis años gloriosamente. Joaquin Murat quiso tambien ser rey. A todos les llegó su vez en la familia de Bonaparte. Buscaron, pues, un trono para Murat y lo coronaron rey de las Dos Sicilias. Al fin llegó á ser rey! Cuánta distancia habia desde su palacio de Nápoles á la posada de su pais! cuánta distancia de su manto de púrpura á la servilleta que llevaba al hombro en el café. Murat rey sigue aun como general las banderas de Napoleon, abandona el hermoso cielo azul de la Italia, el aire perfumado de sus jardines las deliciosas brisas de la tarde, el mar de la encantadora Nápoles para montar otra vez á caballo en medio de los riscos, de los yelos, lanzando sus escuadrones contra los rusos, siempre el primero al fuego hasta Moscou. Allí se eclipsó el astro brillante de Napoleon. Murat prosiguió y siguió los restos helados y sangrientos del grande ejército de Napoleon hasta que salieron de los confines de la Rusia. Murat creyó haber pagado con tanto como sufrió en esta desastrosa retirada, cuanto debia al emperador Napoleon. Murat se alejó del emperador cuando el emperador fué desgraciado. Murat olvidó repentinamente tantos beneficios, tanta gloria; Murat, el soldado de Napoleon se pasó á los aliados para combatir al que llamaba su hermano, á aquel á quien debia el trono.—Napoleon fué vencido. Cayó. Los reyes, hijos de su omnipotencia, reyes de un dia cayeron tambien con él excepto Bernardote. Murat arrojado de su trono quiso volver á subir á él por la fuerza. Napoleon acababa de escaparse de la isla de Elba y de subir al trono de Francia... Murat se imaginó que como el emperador, él podria reconquistar su corona. Pónese en marcha para su hermoso reino de Nápoles, y esta vez marcha al grito de viva el emperador Napoleon! su antiguo grito de guerra, que le habia hecho rey. Al nombre de Napoleon aun se conmueve la Italia. La lucha de Joaquin Murat solo dura un dia. Batido completamente es demasiado afortunado aun para no caer en manos de sus enemigos, y desembarca sano y salta sobre las playas de Canas, que habia presenciado otras grandes derrotas. Allí habia muerto la libertad romana.

Asi en menos de dos meses Joaquin Murat lo habia perdido todo, su ejército, sus tesoros, su corona y la esperanza que valia todos estas cosas juntas. En dos meses vió reaparecer y volver á desaparecer segunda vez y para siempre llevado por el destino y por los ingleses al Emperador. En fin no sabiendo donde reposar su proscrita cabeza, arrojado por las armas de la isla de Córcega donde en vano esperaba encontrar un asilo, lanzado por la tempestad sobre las playas de su reino, fueron hechos prisioneros él y su ejército que se componia de treinta hombres, siendo un ejemplar visible de la providencia, que fuese en su fuga cogido por un español, D. Francisco Alcalá, administrador del duque del Infantado en Pizzo. A los pocos dias fué fusilado el 13 de octubre de 1815. Asi pereció á la edad de 48 años ese feroz soldado, que habia sembrado de luto la capital de las Españas, el Dos de Mayo de 1808.

Treinta y seis años han pasado desde entonces, y aun permanece abierta la llaga del dolor y todos los

años en igual día, viene el pueblo á llorar en el campo donde perecieron los primeros mártires de la independencia, donde han alzado un magnífico monumento que contiene sus preciosos restos y donde se leen los nombres de *Daoiz* y *Velarde*, cuyos nombres serán

eternos, porque los que mueren en defensa de la religión y de la Patria, viven siempre en la memoria de los buenos.

JOSE MUÑOZ MALDONADO.

CAUSAS CÉLEBRES.

VANINKA.

(Conclusion.)

Por largo espacio de tiempo esperaron las dos mujeres, aunque en vano, fuera solo una congoja, Annouschka rociaba su rostro con agua, Vaninka queria hacerle aspirar sales y espíritus, pero todo fué inútil. Durante la entretenida conversacion que habia tenido el general con su hija y que habia durado á lo menos media hora, Fœdor se habia axfisiado por falta de aire que respirar y porque corrido el pestillo del resorte no le habia sido posible desembarazarse de su estrecha prision.

La situacion de las dos jóvenes era muy crítica, estaban solas y encerradas con un cadáver. Annouschka veia la Siberia en perspectiva; encunto á Vaninka preciso es hacerla justicia, solo veia á Fœdor.

Ambas estaban desesperadas, mas como lo que afligia á la camarera era un sentimiento mas egoista que el que afectaba á su señorita, encontró su imaginacion un medio de salir del trance que las aquejaba.

—Señorita, exclamó de pronto, nos hemos salvado!

—Nos hemos salvado! dijo Vaninka levantando su cabeza y mirando á sudoncella con los ojos bañados de lágrimas; nosotras quizá sí; pero él!....

—Nuestra situacion es muy crítica, señorita, y aunque la vuestra es infinitamente mas terrible é inmensa, aun podria ser mas crítica y mas fatal si vuestro padre llegase á saber....

—Y qué me importa? tambien podria llorarle á la faz de la tierra.

—Sí, pero quedariais deshonrada tambien á la faz de la tierra. Mañana sabrian vuestros esclavos y pasado mañana San Petersburgo todo, que habia muerto un hombre encerrado en vuestro cuarto. Pensad, señorita, que vuestro honor es el de vuestro padre y el de vuestra familia.

—Tienes razon, dijo Vaninka meciendo tristemente su cabeza como si quisiera asi desprender los fúnebres pensamientos que la fatigaban; tienes razon. Qué debemos hacer?

—Ya conoceis á mi hermano Ivan.

—Y qué?

—Es preciso decirle todo.

—Y piensas! exclamó Vaninka, que nos confiemos á un hombre! que digo á un hombre! á un siervo, á un esclavo!

—La condicion de siervo y esclavo, respondió la camarera nos garantiza mejor la seguridad del secreto, porque guardándolo podrá esperar alguna recompensa.

—Tu hermano se embriaga, dijo Vaninka con cierta espresion de disgusto y desconfianza.

—Es verdad, respondió Annouschka, pero de quién

nos hemos de fiar que no haga otro tanto? Mi hermano no se deja dominar por el aguardiente tanto como otros y menos hay que temer de él que de cualquiera otro, Ademas en nuestra posicion bien podemos arriesgar alguna cosa.

—Tienes razon, respondió Vaninka recobrando su natural resolucion que siempre crecia á medida que crecia tambien el peligro. Llama á tu hermano.

—Ya no me parece hora de hacer nada, dijo Annouschka separando las cortinas de los pabellones que cubrian las ventanas; ya es de dia.

—Y qué vamos hacer del cadáver del desventurado Fœdor? exclamó Vaninka.

—Ocultémosle durante el dia de hoy y esta noche lo estraerá mi hermano mientras vais á la ópera en la corte.

—Es verdad, murmuró Vaninka con estraño acento: voy esta noche á la ópera, donde no puedo faltar; me echarian de menos y.... Oh! oh! Dios mio! Dios mio!

—Ayudadme, señorita, dijo Annouschka, yo sola no puedo.

Vaninka se puso estraordinariamente pálida; pero escitada por el peligro que corria se dirigió con resolucion hacia donde estaba el cadáver de su amante y suspendiéndole de los brazos mientras que su camarera le sostenia por las piernas, volvieron á colocarle en el arca. Al punto Annouschka dejó caer la tapa y despues de echada la llave la guardó en el pecho. En seguida cubrieron otra vez la fúnebre caja con las ropas que la habian ocultado á los ojos del general.

Iba abanzando el dia sin que, como puede calcularse, se insinuara el sueño en los ojos de la joven. No dejó de bajar á acompañar á su padre durante el desayuno porque trataba de no infundir la mas leve sospecha. Solamente su palidez era tanta, que pudiera creerse se levantaba de una tumba, mas el general la atribuia al desvelo que la habia él mismo causado.

La casualidad servia maravillosamente á Vaninka inspirándole decir que Fœdor habia partido, porque asi no solo no se admiró el general de no verle aparecer, sino que siendo su ausencia la justificacion de su hija, le dió motivo para decir habia encargado á su ayudante una mision fuera de San Petersburgo. Vaninka permaneció fuera de su habitacion hasta el momento en que tuvo que volver para hacer su tocador. Ocho dias antes habia asistido á la ópera acompañada de Fœdor.

Sin duda hubiera podido dispensarse de asistir y de acompañar á su padre prestando alguna ligera indisposicion, pero temia con esto, primero inquietar á su padre, quien entonces no se hubiera quizá apartado de su lado, siendo entonces mas dificil la estraccion del cuerpo del desventurado capitán, y segundo encontrarse con Ivan y tener que bajar sus ojos ante un esclavo. Prefirió, pues, hacer un esfuerzo sobrenatural, y entrando en su aposento seguida de su fiel Annouschka, comenizó á adornarse con el mismo esmero y coqueteria que si estuviera lleno de gozo su corazon.

En seguida, terminado su penoso tocado mandó á

Annouschka cerrase la puerta, porque queria ver aun á Fœdor y dar un último adios á los restos de su amante. Su hermana de leche obedeció, y Vaninka coronada de flores y cubierto su pecho y garganta de perlas y diges que ocultaban el yerto corazon de una estatua, se adelantó como una fantasma hácia el aposento de su camarera. Annouschka levantó la hoja superior del arca y Vaninka sin verter una lágrima, sin exalar un suspiro y con la calma profunda é inanimada de la desesperacion, selló con sus lábios la frente de Fœdor, sacó de uno de sus dedos un simple anillo liso y lo puso en otro suyo entre dos magnificas sortijas de brillantes: despues apretando contra su seno aquellos frios restos, pronunció un ahogado y tristísimo adios.

En este momento sintió los pasos de una persona que se acercaba: un ayuda de cámara venia á decirle de parte del general que estaba ya esperando. Annouschka cerró el arca, y Vaninka misma abrió al mensajero quien echó á andar delante con un hacha encendida en la mano, mientras que la jóven le seguía confiando en su hermana de leche, y dejando á su cargo el cumplir el fúnebre y terrible cuidado de extraer el cadáver.

Un instante despues vió Annouschka alejarse al carruaje que conducia al general y á su hija.

Esperó á que trascurriera media hora, despues fué á buscar á Ivan y le halló bebiendo con Gregorio á quien habia cumplido el general su palabra aquel mismo dia entregándole mil rublos y concediéndole su libertad. Afortunadamente aun estaban los convidados en el principio de la fiesta y por consiguiente no tenia Ivan la cabeza bastante trastornada para que vacilase su hermana en confiarle su secreto.

Ivan siguió á Annouschka al cuarto de su señorita. Allí le recordó los beneficios que Vaninka generosa, aunque altiva, le habia concedido. Los pocos vasos de aguardiente que contenia ya su estómago, enardecieron su pecho y le habian predispuerto al mas profundo reconocimiento. La embriaguez de los rusos es esencialmente sensible: Ivan protestó de su grande consagracion hacia sus amos, en unos términos tan sinceros que no vaciló mas su hermana, y levantando la tapa del arca le mostró el cadáver de Fœdor.

Ante esta terrible aparicion permaneció Ivan inmóvil un instante; mas no por eso dejó de calcular rápidamente lo que podia valerle la confianza de un secreto de tal naturaleza. Asi que juró ardientemente por todos los objetos mas sagrados no descubrir jamas á su señorita, ofreciéndose al mismo tiempo, como Annouschka habia pensado, á que desapareciese el cuerpo del capitán.

Muy en breve convinieron en los medios de que habia de valerse: en lugar de regresar al lado de sus camaradas, preparó un trineo que cargó de paja ocultando en el fondo una barra de hierro; asegurándose antes de que nadie le espiaba, condujo en sus brazos el cuerpo del difunto hasta ocultarle entre la paja; en esta disposicion hizo que abrieran las puertas de la caballeriza y se dirigió por el camino de Niwski hasta la iglesia de Znamenia, pasó por medio del cuartel de Rejestwenskoï y lanzando su trineo sobre el Newa se detuvo en medio del helado rio, y frente á la desierta iglesia de Santa Magdalena: allí protegido por la soledad y las tinieblas de la noche, oculto tras la sombra de su trineo, comenzó con la barra á golpear el hielo que tenia un espesor de diez y ocho pulgadas y cuando tenia hecho un agujero bastante grande, despues de registrar á Fœdor y sacar el dinero que tenia en sus bolsillos, echó su cadáver de cabeza por la abertura, y regresó por el mismo camino, mientras que la prisionera corriente del Newa arrastraba el cuerpo hacia el golfo de Filandia.

Una hora despues el viento habia helado la superficie de la abertura practicada por Ivan, sin dejar señal ni huella alguna.

A cosa de las doce regresó Vaninka con su padre. Una fiebre reprimida le habia mortificado durante la fiesta de manera, que encendida su frente por el arrebatado, nunca habia parecido tan bella, siendo por esto el objeto de los obsequios y los homenajes de los mas nobles y mas ilustres señores de la corte.

Al entrar vió á Annouschka que la esperaba en el vestíbulo para recoger el manto de su señorita; al dárselo Vaninka, la interrogó con una de esas miradas tan elocuentes como espresivas.

—Todo acabó, la dijo su camarera á media voz.

La jóven respiró con tanta violencia como si hubiera hasta entonces oprimido su pecho un peso enorme y no obstante su poderosa fuerza de dominio sobre sí misma, temiendo no poder resistir mas tiempo delante de su padre la horrible lucha que agitaba su corazon y la estremada disimulacion con que aprisionaba sus afectos, pretextó estar muy cansada para no acompañarle á cenar. Asi es que subió á su aposento y no bien se halló en él y estubo cerrada la puerta, cuando arrancando las flores de su frente, los collares de la garganta y los adornos de su pecho, se dejó caer en su lecho con la misma gravedad que una piedra, y cortando con unas tijeras los cordones de su corsé y las cintas que la oprimian, pudo por fin llorar y entregarse libremente á su dolor. Entre tanto Annouschka daba gracias á Dios por esta esplosion, porque la apariencia tranquila y resignada de su señorita, la asustaba mas que su angustia y pesar.

Pasada esta primera crisis pudo ya Vaninka mas desahogada entregarse á la oracion. Una hora seguida estubo arrodillada; despues su camarera á fuerza de ruegos y de instancias consiguió que se acostára. Annouschka permaneció toda la noche á la cabecera del lecho de su ama; ni una ni otra durmieron un instante; pero cuando empezó á amanecer se sintió Vaninka algo mas tranquila, las lágrimas que habia derramado durante la noche aliviaron algun tanto su pena.

Annouschka era la encargada de recompensar á Ivan el gran servicio que acababa de prestar, pero como no se ocultó á su prevision que una suma considerable dada de una vez á un hombre de su clase, podria descubrirles, se concretó con decirle que cuando necesitara dinero no tenia que hacer otra cosa que pedir lo que le hiciera falta.

Aprovechando Gregorio su libertad y pensando con los mil rublos que poseia hacerse independiente, abrió una tiendecilla de lieores, donde gracias á su industria y á sus relaciones, con los criados de las mejores casas de San Petersburgo, comenzó á prosperar tanto que despues de pasado algun tiempo la taberna del Rojo, pues este era el nombre del establecimiento de Gregorio, era ya de gran fama. Otro le substituyó en sus funciones de barbero, y como no fuera la ausencia de Fœdor, todo volvió al orden acostumbrado en casa del conde de Tchrmyloff.

Dos meses pasaron sin que nadie concibiera la menor sospecha de lo que habia sucedido y al cabo de este tiempo una mañana, antes de la hora habitual del desayuno mandó un recado el general á su hija para que viniera á su cuarto. Vaninka se estremeció porque desde la noche fatal se habia apoderado de su alma un terror que no podia deshechar. Sin embargo obedeció el orden de su padre y reuniendo todas sus fuerzas se dirigió al gabinete en que se hallaba. Estaba solo el conde, mas á la primera mirada adivinó Vaninka no debía temer nada de aquella entrevista. El general la esperaba con la misma espresion paternal que caracterizaba su fisonomia siempre que hablaba con su hija. La jóven se acercó con su natural y tranquila apariencia, é inclinándose ofreció á su padre la frente para que la besára como tenia de costumbre.

Este la hizo sentar á su lado y la presentó una carta

abierta. Vaninka llena de admiracion miró un instante á su padre y despues ojeó rápidamente la carta: esta contenia la noticia de la muerte del hombre á quien estaba comprometida su mano, habia muerto en un desafio.

El general procuraba descubrir en el rostro de su hija que efecto producía la lectura de aquella carta, mas Vaninka á pesar de su dominio sobre sí misma, no pudo ocultar una grande emocion, efecto de los diferentes pensamientos que la agitaban, de sus dolorosos recuerdos y de los punzantes remordimientos que la asaltaron al considerarse libre de todo compromiso. No dejó de observar el general todo esto, pero lo atribuyó á el amor que suponía profesaba su hija al ayudante de campo.

—Vamos, dijo sonriendo, veo que las cosas presentan cada vez un aspecto mas favorable á tu bien estar.

—Cómo, padre? preguntó Vaninka.

—Fœdor no se ha apartado de ti porque te amaba?

—Sí, murmuró la jóven.

—Pues bien! ahora puede ya regresar.

Vaninka permaneció sin proferir una palabra con los ojos bajos y los lábios trémulos.

—Regresar! dijo al cabo de un instante.

Sin duda que volverá! continuó el general sonriendo, mucha ha de ser nuestra fatalidad si no encontramos alguno que nos dé razon de su paradero. Infórmate tú, dijo á Vaninka del país en que se halla, dímelo y deja á mi cuidado el buscarlo y todo lo demas.

—Nadie sabe donde está Fœdor, murmuró Vaninka con sordo acento, nadie mas que Dios... nadie!

—Pues qué! exclamó el general, no ha de haber escrito desde el dia que desapareció?

Vaninka meció su cabeza como si afirmara la negacion de su padre; su corazon estaba tan oprimido que no la permitia hablar.

El general iba tambien participando poco á poco de la inquietud de su hija.

—Temes, recelas alguna desgracia? dijo á Vaninka.

—Recelo y pienso que no hay para mi felicidad ya sobre la tierra, exclamó Vaninka sucumbiendo por fin á la violencia de su dolor; en seguida añadió:—Permitid que me retire, mis palabras me venden.

El general que no vió en esta esclamacion de su hija otra cosa que el sentimiento de haber dejado escapar la confesion de su amor, la abrazó, besó su frente y le permitió retirarse, esperando á pesar de las sombrías esplicaciones de Vaninka respecto á Fœdor, que le seria posible averiguar el sitio en que existia.

En efecto, aquel mismo dia fué á visitar al emperador, le refirió los amores de Fœdor y su hija, y le pidió, pues que la muerte le habia desembarazado de su primer empeño, que le permitiese disponer de la mano de Vaninka en favor de su ayudante el jóven capitán: el emperador consintió y entonces solicitó el general un nuevo favor viendo á su soberano en momentos de gracia, y fué que diera sus órdenes para investigar el paradero de Fœdor, pues hasta su hija lo ignoraba hacia dos meses desde el momento de su desaparicion. El emperador mandó llamar al gefe encargado de la policia y espidió las órdenes necesarias del efecto.

Pasaron seis semanas sin resultado alguno; Vaninka desde el dia de la carta parecia cada momento mas sombría y mas triste; en vano el general procuraba despear en su pecho alguna esperanza, su hija entonces mecia la cabeza con amargura y desconsuelo y se retiraba. El general conociendo lo que padecia, no hablaba ya nunca de Fœdor.

Mas no sucedia lo mismo en el resto de la casa, todos los criados menos Gregorio querian bien á Fœdor y asi que se enteraron de que no habia desaparecido en virtud de que le encargase el general mision alguna, fué el constante objeto de las conversaciones de la portería de la cocina y de la caballeriza.

Otro lugar habia tambien en que era el asunto puesto á la órden del dia. No se hablaba de otra cosa que del ayudante en la taberna de Gregorio, quien desde el momento que se enteró de su misteriosa partida, despertó de nuevo sus sospechas: estaba cierto de haber visto entrar á Fœdor en el aposento de la señorita Vaninka y como no saliera en los cortos instantes que transcurrieron mientras fué á dar parte de ello al general, no comprendia ni podia esplicarse como no le habia hallado. Otra circunstancia le preocupaba mucho y le parecia coincidir con este acontecimiento, y era el excesivo gasto que desde esta época hacia Ivan en su casa, y lo desprendido y generoso que se manifestaba con todos; cosa que no podia menos de llamar la atencion considerando su condicion de esclavo, no obstante que este esclavo fuera hermano de la favorita y confidente de Vaninka, por lo que presumia, Gregorio con fundamento cual era el manantial de sus espléndidos recursos. Tambien daba que pensar al suspicaz Gregorio que no obstante ser Ivan su mas fiel amigo y haberse constituido en uno de sus mejores parroquianos, no le hablaba nunca de Fœdor, callaba y no mezclaba su palabra en la conversacion si se trataba de él, y si por acaso se le preguntaba, por insinuantes que fueran las preguntas, interrumpia siempre diciendo:—Hablemos de otra cosa.

Pasando dias y tiempo de esta manera, llegó el de la Adoracion de los Reyes, dia de mucha celebracion en la capital de Rusia, porque lo es tambien de verificarse la bendicion de las aguas, ceremonia á que prestan toda la ostentacion posible: Vaninka asistió convidada como concurren todas las personas notables, y como estaba cansada por haber estado dos horas de pié sobre la petrificada corriente del Nawa, no salió por la tarde ni su padre tampoco y concedieron permiso á varios de sus eriaidos y esclavos para que fueran á pasear; á Ivan tocó entre los de este número y aprovechó el permiso para ir á la taberna Roja.

Habia muchas gentes este dia en casa de Gregorio cuando apareció Ivan, y fué recibido con aplauso y hasta con aclamacion de todos los miembros de aquella sociedad, porque sabian que generalmente traia los bolsillos regularmente pertrechados: no hizo traicion esta vez á su costumbre, y no bien llegó, cuando hizo sonar las monedas que llevaba con gran contento y envidia de los concurrentes. A este indicador y metálico eco correspondió Gregorio trayendo en cada mano una botella de aguardiente, con tanta mas satisfaccion y priesa cuanto que sabia que siendo Ivan el Anfitrión, le resultaba un doble provecho, como espendedor y convidado, y no se defraudaron esta vez sus esperanzas, pues le invitó á que participara de su obsequio.

Recayó la conversacion sobre la triste condicion de la esclavitud y algunos de ellos condenados á semejante situacion, y que apenas conseguian cuatro dias en el año en que descansar de las penosas fatigas del trabajo, ensalzaban la felicidad de Gregorio desde que obtuvo su libertad.

—Bah! dijo Ivan, algun tanto inspirado ya con el calorillo del aguardiente; hay esclavos que gozan de mas libertad que sus señores.

—Vamos, espícate, que quieres decir, preguntó Gregorio llenando de nuevo los vasos.

—Quiero decir mas felices, repuso vivamente Ivan.

—Difícilillo es de probar, dijo Gregorio en tono de incredulidad.

—Difícil? A penas nacen nuestros amos cuando los abandonan en manos de dos ó tres maestros, uno francés, otro alemán y el tercero inglés que los quieren ó no los quieren, pero en cuya compañía y sociedad han de vivir hasta que cumplen diez y siete años, y que sea ó no desu gusto han de aprender tres lenguas bárbaras, á despecho de nuestro bello idioma que casi siempre han

olvidado por completo cuando llegan á conocer los agenos. Entonces si quiere llegar á ser algo es preciso que siga la carrera militar: si es subteniente es esclavo del teniente, si teniente del capitán, si capitán del mayor, y así sucesivamente hasta el emperador que no es esclavo de nadie, pero á quien en el mejor día sorprenden en la cama, en la mesa ó en el paseo, y le envenenan ó le asesinan. Si sigue una carrera civil, es muy distinto: se casa con una muger á quien luego deja de amar; le llueven hijos como sin saber de donde y á quienes sin embargo necesita administrar sus cuidados; se ve entregado á un eterno desvelo, si es pobre para buscar el sustento de su familia, y si es rico para que no le robe el mayordomo y los criados. Esto es vivir? Mientras nosotros, qué diablo! nacemos y solo costamos el dolor que sufren nuestras madres para arrojarnos al mundo, y ya no nos queda otra cosa que hacer que mirar al amo. El nos da de comer, nos escoge á cada uno su oficio, fácil de aprender á menos que uno no sea un bruto. Caemos enfermos? su médico nos cura gratuitamente; porque sería una pérdida para el amo el que nos muriéramos. Estando buenos tenemos seguras tres abundantes comidas al cabo del día y un colchon bastante blando para pasar con comodidad la noche. Si tenemos amores jamás se oponen á nuestros matrimonios, antes por el contrario el amo nos escita á apresurarlos; porque lo que quiere es que tengamos el mayor número de hijos posible, y cuando nuestros hijos se hacen hombres hacen por ellos á su vez lo mismo que han hecho por nosotros. Conque ya veis si habrá muchos grandes señores mas felices que sus esclavos.

—Si, si, murmuró Gregorio vaciando de nuevo su vaso, á pesar de todo eso, no eres libre, ni puedes disponer de ti mismo segun tu voluntad.

—Cómo libre? preguntó Ivan.

—La libertad de ir donde quieras y cuando quieras.

—Yo soy tan libre como el aire.

—Por supuesto! dijo Gregorio con el tono burlesco de una persona que afirma una cosa que está lejos de creer.

—Libre como el aire, repito, porque tengo buenos amos, y sobre todo buena señorita, continuó Ivan con una sonrisa extraña, no tengo mas que abrir la boca y me conceden al punto lo que pido.

—Vamos, si despues de haber salido hoy á paseo y pasado el día en mi casa, pidieses salir mañana y volver, dijo Gregorio teniendo en cuenta sus intereses en este desafio que dirigia á Ivan, si pidieses esto....

—Vendría, dijo Ivan.

—Cómo, vendrias mañana? dijo Gregorio.

—Mañana, pasado mañana y todos los días si quiero.

—Lo que hay de cierto es que Ivan es el favorito de la señorita, dijo otro de los esclavos del conde que se hallaba allí y se aprovechaba de las liberalidades de su camarada.

—Pero bien, dijo Gregorio, suponiendo que consigas permiso para salir donde quieras, por lo menos te escaseará el dinero muy pronto.

—Nunca, exclamó Ivan trasegando á su estómago el aguardiente que contenia su vaso, jamás faltará dinero á Ivan mientras exista una moneda en el bolsillo de la señorita.

—No la hacía yo tan generosa, dijo Gregorio con sequedad.

—Oh! muy flaca es tu memoria; porque bien sabes que no lleva cuenta de lo que dá á sus amigos, buena prueba son aquellos azotes...

—No lo decia por eso, repuso Gregorio: ya sé que es pródiga en sus castigos; pero en cuanto á su dinero ya es otra cosa, porque no sé que color tiene.

—Pues quieres ver el color del mio? dijo Ivan cada vez mas entusiasmado con el calor que le suministraba

el espirituoso líquido que bebía; mira, monedas de plata, de oro; mira, billetes azules de cinco rublos; encarnados de veinte y cinco; y mañana te enseñaré si quieres billetes blancos que valen cincuenta. A la salud de la señorita!

Ivan vació de nuevo su vaso y Gregorio se apresuró á llenarlo otra vez hasta el borde.

—Pero el dinero, dijo Gregorio, escitando cada vez mas á Ivan, el dinero compensa el desprecio?

—El desprecio! dijo Ivan, quien me desprecia? tú, porque eres libre? Buena libertad por cierto; yo quiero mejor, ser esclavo y bien mantenido, que libre y hambriento.

—Yo digo el desprecio de nuestros amos, repuso Gregorio.

—El desprecio de nuestros amos! pregunta á Alejo y á Daniel, si me desprecia á mi la señorita?

—Lo que hay de cierto, dijeron los dos esclavos interrogados que pertenecian á la casa del general; es que á Ivan le consideran como á un señor y no como á esclavo.

—Porque es hermano de Annouschka, dijo Gregorio, y Annouschka es la hermana de leche de la señorita.

—Asi será, dijeron los esclavos.

—Por eso ó por otra cosa, repuso Ivan.

—Si; pero tu hermana morirá... dijo Gregorio, y entonces...

—Si mi hermana muriese, repuso Ivan lo sentiria mucho, porque es una buena machacha y la quiero bien; á la salud de mi hermana! dijo vaciando su vaso; pero si algun dia faltase no por eso cambiaria en nada la cosa: todo es por respetos míos, y me respetan porque me temen. He ahí todo el enigma.

—Temen al poderoso Ivan! exclamó Gregorio soltando una carcajada. De manera que si el señor Ivan diese sus órdenes en vez de recibirlas, obedecerian todos al nuevo amo.

—Puede ser! dijo Ivan.

—Dice que puede ser? repitió Gregorio riendo cada vez mas fuerte! dice que puede ser, no lo ois?

—Sí, contestaron los otros comensales que habian bebido tanto que solo podian responder por monsilabos.

—Pues bien, ahora no digo que puede ser, si no que lo afirmo, lo aseguro,

—A ti! daria cualquiera cosa por verlo.

—Si! pues despide á todos estos canallas que se emborrachan y beben hasta ponerse como zaguas, y lo verás por tus mismos ojos sin que te cueste nada.

—Sin qué me cueste nada! dijo Gregorio, tú te burlas! pues qué les doy yo á beber gratis?

—Pues bien, á cuanto sube el gasto de aguardiente que pueden consumir hasta media noche en que tienes que cerrar la tienda?

—Unos veinte rublos poco mas.

—Ahí tienes treinta: cierra la puerta y quedemos solo los de confianza.

—Amigos míos, dijo Gregorio, haciendo ademán de sacar el reloj y mirar la hora, van á dar las doce y ya sabeis cuales son las órdenes del gobernador; conque asi, podeis retiraros.

Los rusos habituados á la obediencia pasiva se retiraron sin murmurar, y Gregorio quedó solo con Ivan y los otros dos esclavos del general.

—Ya estamos solos, dijo Gregorio; que piensas hacer ahora?

—Qué pienso? que diriais vosotros, repuso Ivan, si á pesar de lo avanzado de la hora, no obstante el frio, viérais entrar á la señorita Vaninka que abandonando la casa paterna, venia á echar un brindis con nosotros?

—Diria que debias aprovechar tan buena coyuntura, respondió Gregorio encogiéndose de hombros, pa-

ra encargarla al mismo tiempo nos regalase una botella de aguardiente, que probablemente será mas esquisito el de la bodega del general que el de la mia.

—Yase vé que lo hay mejor, contestó Ivan con el tono de una persona que está seguro de lo que dice, y nos traerá tambien una botella la señorita.

—Tú estás loco, dijo Gregorio.

—Está loco! repitieron maquinalmente los otros dos esclavos.

—Há! estoy loco! dijo Ivan; que apuestas?...

—Qué apuestas tú?

—Una renta de doscientos rublos, contra un año de beber á discrecion en tu casa.

—Está hecho, dijo Gregorio.

—Y los camaradas tambien? preguntaron los dos mougiks.

—Tambien, dijo Ivan; y en consideracion á que se aumenta el número reduciremos el tiempo á seis meses.

—Los dos contendientes se dieron la mano y quedó la cosa convenida.

En seguida con desembarazo y confianza la mas á propósito para confundir á los testigos de esta estraña escena, se envolvió pausadamente en su ropon y salió.

—Al cabo de media hora, volvió.

—Y que has conseguido! exclamaron á un tiempo Gregorio y los dos esclavos.

—Que venga detrás de mí la señorita, no tardará en llegar, dijo Ivan.

—Los tres comensales del poderoso Ivan se miraron sin saber lo que les pasaba, pero este volvió con la mayor tranquilidad á ocupar su puesto en medio de ellos y llenando su vaso exclamó:

—Ciertamente que no es lo que menos debemos agradecer su complacencia en venir hasta aqui en una noche tan fria y cuando la nieve cae á torrentes.

—Annouschka, dijo una voz desde afuera, llama á esa puerta y pregunta á Gregorio si estan aun en su casa algunos de mis criados.

Gregorio y los dos esclavos se miraron como aturridos porque habian reconocido en aquella voz la de Vaninka; en cuanto á Ivan se mecía gozoso en su silla, y espresando en el semblante el orgullo de un hombre que ve satisfechos sus deseos con la humillacion de un superior.

Annouschka abrió la puerta y vieron distintamente caer la nieve como habia dicho Ivan.

—Si, señora, dijo la jóven, está mi hermano, Alejo y Daniel.

Vaninka entró.

—Amigos míos, dijo con estraña sonrisa; me han dicho que bebiais á mi salud, y vengo para traerlos con que pagar vuestros brindis: he aqui una botella de rico aguardiente de Francia, que he escogido para vosotros de la mejor pipa de las de mi padre.—Traed los vasos.

Gregorio y los dos esclavos obedecieron con la lentitud y la vacilacion que les causaba la presencia de su señorita, mientras que Ivan presentaba su vaso con un descaro asombroso. Vaninka los llenó todos y como los viese que titubeaban llegarlos á los lábios, añadió:

—Vamos, á mi salud, amigos míos.

—Hurra!—exclamaron todos á un tiempo animados con el tono de dulzura y familiaridad de la jóven y vaciando sus vasos de un solo trago. Vaninka volvió á llenarlos y dejó la botella sobre la mesa.

—Apurad la botella, amigos, dijo la jóven y no os altere en nada mi presencia vuestra alegría, que Annouschka y yo vamos á esperar á la puerta á que calme un poco la nevada.

Gregorio quiso levantarse para ofrecer una silla á la jóven, pero sea que se encontrara completamente em-

TOMO II.

briagado ó bien que estuviera mezclado al aguardiente algun licor narcótico, no bien intentó ponerse de pie cuando cayó sobre el banco, procurando en vano preferir algunas excusas.

—Estoy bien! dijo Vaninka, no os incomodeis por mí, bebed! bebed!

Aprovecháronse los convidados de su permiso y cada uno apuró hasta la última gota el contenido de su vaso: mas apenas habia vaciado el suyo Gregorio cuando cayó sobre la mesa.

—Bien dijo Vaninka á media voz á su camarera, el ópio hace su efecto.

—Pero qué pensais! preguntó Annouschka.

—Ahora lo veras.

Los dos mougiks siguieron el ejemplo del amo de la casa y no tardaron en caer uno despues de otro: Ivan quedó el último luchando con el sueño, y procurando entonar una cancion báquica; pero muy pronto rehusó su lengua articular acento alguno, sus ojos se cerraron á su pesar y balbuceando palabras que no podia pronunciar, cayó sin conocimiento al lado de sus camaradas.

Vaninka los consideraba atentamente, fijó sobre aquellos hombres una mirada de fuego, y no fiándose de sus ojos llamó á cada uno por su nombre, sin que ninguno le contestase. Entonces batió las palmas de las manos y dijo con acento infernal: este es el momento; se internó en la casa, cogió toda la paja que podian abarcar sus brazos y la puso en un ángulo de la habitacion; hizo otro tanto en los tres restantes y con un sarmiento encendido puso fuego sucesivamente á la paja que habia reunido en los cuatro rincones de la casa.

—Qué haceis? exclamó Annouschka horrorizada y tratando de detenerla.

—Sepultar nuestro secreto entre cenizas, respondió Vaninka.

—Pero mi hermano! mi pobre hermano! exclamó la jóven.

—Tu hermano es un infame que nos ha vendido, y somos perdidas si no le perdemos á él.

—Oh! hermano mio! hermano!

—Puedes morir con él, dijo Vaninka acompañando á esta proposicion con una sonrisa que probaba que no sentiría que Annouschka llevase hasta este extremo el amor fraternal.

—Pero mirad el fuego, señora, mirad el fuego!

—Salgamos, pues, exclamó Vaninka;—y arrastrando á la jóven desconsolada, cerró la puerta y arrojó á larga distancia la llave en la nieve.

—En nombre del cielo entremos pronto, exclamó Annouschka. Oh! no puedo ver este espectáculo horroroso!

—Todo lo contrario quedémonos, dijo Vaninka deteniendo á su criada por el brazo con una fuerza casi masculina, quedémonos hasta que esta casa se desplome sobre ellos, hasta que estemos seguras de que no escapa uno siquiera.

—Oh Dios mio! exclamó Annouschka cayendo de rodillas, tened piedad de mi pobre hermano, porque la muerte vá á conducirlo ante vos, antes que tenga tiempo de prepararse para comparecer en vuestra presencia.

—Si, si, ora, haces bien, dijo Vaninka, porque sus cuerpos son los que quiero perder, no sus almas. Ora, yo te lo permito.

Y Vaninka permaneció de pie con los brazos cruzados, alumbrada ardientemente por la luz del incendio, en tanto que oraba su criada.

El incendio no duró mucho; la casa era de madera calafateada con estopa como todas las casas de los labradores rusos; de modo que apareciendo la llama por los cuatro ángulos, pronto se lanzó fuera, y escitada por la tormenta, al cabo de algunos instantes no formó mas



que una inmensa hoguera. Vaninka siguió con ávidos ojos los progresos del incendio, temiendo siempre ver lanzarse fuera de las llamas algún espectro medio quemado. En fin el techo vino abajo, y Vaninka libre de todo temor, se dirigió entonces á la casa del general, donde, gracias á la facultad que tenia Annouschka de salir á todas horas del día y de la noche, entraron las dos mugeres sin ser vistas.

Al siguiente día no se hablaba en San Petersburgo mas que del incendio de la taberna del Rojo: sacaron de bajo de los escombros cuatro cadáveres medio consumidos, y como no hubiesen vuelto tres esclavos del general, este no dudó que aquellos cadáveres desconocidos fuesen los de Ivan, Daniel y Alejo; en cuanto al cuarto de seguro era el de Gregorio.

Las causas del incendio continuaron siendo un secreto para todo el mundo, la casa estaba aislada y la nieve caía con tanta violencia, que nadie vió á las dos mugeres en el camino desierto: Vaninka confiaba en la fidelidad de su criada. De consiguiente su secreto había muerto con Ivan.

Pero entonces el remordimiento reemplazó al temor; la jóven tan inflexible delante de la catástrofe no tenia fuerzas para soportar su recuerdo: creyó que depositando el secreto de su crimen en el seno de un sacerdote, se aliviaria de esta espantosa carga: salió, pues, en busca de un pope conocido por su alta caridad, y le contó, bajo el sijilo de confesion, todo lo que había pasado.

El sacerdote se quedó asombrado de esta relacion; la misericordia divina no tiene límites, pero los tiene la remision humana. El pope negó á Vaninka la absolucion que le pedia.

Esta negativa era terrible, porque alejaba á Vaninka de la sagrada comunión, lo cual no podía menos de notarse y atribuirse á alguna falta inaudita ó á algún crimen desconocido.

Vaninka se arrojó á los pies del confesor, y en nombre de su padre, sobre quien recaeria su deshonor, le suplicó que dulcificara el rigor de esta penitencia.

El pope reflexionó profundamente: despues creyó haber hallado un medio de conciliarlo todo, consistía este en que Vaninka se aproximase al comulgatorio con las demas jóvenes: el sacerdote se detendria delante de ella como delante de las demas, pero solo para decirle: Orad y llorad.—Y los asistentes engañados por las demostraciones creerian que como sus compañeras había recibido el cuerpo de Cristo. Esto fué cuanto pudo conseguir Vaninka.

Esta confesion se había verificado á las siete de la noche, y la soledad de la iglesia, unida á la oscuridad de la noche, le había dado un carácter mucho mas espantoso. El pope entró en su casa pálido y tembloroso. Su muger Isabel le esperaba sola, pues acababa de acostar á su hija Arina, que tenia ocho años de edad.

Al apereibir á su marido lanzó aquella un grito; tanta era la palidez que cubria las facciones del pope! quien trató de tranquilizarla, pero el temblor de su voz no hizo mas que aumentar el temor de su esposa. Esta quiso saber la causa de su emocion, y como el pope se obstinase en guardar silencio, Isabel, que había sabido la vispera la enfermedad de su madre, creyó que su marido había recibido alguna funesta noticia; esto pasaba en lunes, día de mal agüero entre los rusos; al salir Isabel en aquella misma mañana había encontrado una

persona vestida de luto: estos eran demasiados presagios reunidos para no temer una desgracia.

Isabel prorrumpió en llanto exclamando:—Mi madre ha muerto!

El pope intentó inutilmente tranquilizarla asegurándole que su turbación no procedía de esa causa: la pobre muger, fija en una sola idea, no contestó á todas estas protestas sino con su grito eterno: mi madre ha muerto! Entonces para ahuyentar esta especie de vértigo, el pope le confesó que su emoción había nacido de la confesión de un crimen que acababa de oír en el confesonario. Pero Isabel meneó la cabeza.—Ese era un artificio, decía, para ocultar la desgracia que acababa de afectarle. La crisis en vez de calmarse, se hizo mas violenta, las lágrimas se estancaron y se declararon las convulsiones; entonces el sacerdote le exigió juramento de guardar el secreto,—y el misterio sagrado de la confesión fue revelado.

La niña Arina se despertó á los primeros gritos de Isabel, y curiosa é inquieta á la vez por lo que pasaba entre su padre y su madre, se levantó, se puso á escuchar detrás de la puerta y lo oyó todo.

De este modo quedó ignorado el secreto de la falta, y conocido el secreto del crimen.

Llega el día de la comunión; la iglesia de san Simon se llena de fieles, Vaninka se arrodilla delante de la barandilla del presbiterio. Detrás de ella se coloca su padre con sus ayudantes de campo, y detrás de estos sus criados.

Arina se halla también en la iglesia con su madre: la curiosa niña quiere ver á Vaninka, cuyo nombre había oído pronunciar en aquella noche terrible en que su padre faltó al primero y mas santo de los deberes impuestos á un sacerdote. Mientras que su madre ora, la niña deja su silla, se desliza entre los fieles y llega casi hasta la barandilla. Allí fué detenida por el grupo de criados del general. Pero Arina hace esfuerzos por pasar adelante, aquellos se oponen, persiste ella, la rechaza uno de los criados con brutalidad y la niña cae lastimándose la cabeza contra un banco: se levanta llorando y esclama:

—Eres muy bárbaro ¿pertenece por ventura á la gran señora que ha quemado la taberna del Rojo?

Estas palabras pronunciadas en alta voz y en medio del silencio que precedía á la santa ceremonia, fueron

oídas por todos; un grito fué la contestación: Vaninka acababa de desmayarse.

Al día siguiente el general se hallaba á los pies de Pablo I y le contaba, como á su emperador y á su juez, toda esa larga y terrible historia, que Vaninka cediendo á la prolongada lucha que había sostenido, habíale al fin revelado en la noche que siguió á la escena de la iglesia.

El emperador, después de esta estraña confesión, permaneció un instante pensativo; en seguida, levantándose del sillón en que había estado sentado durante la narración del desgraciado padre, se dirigió á una mesa y escribió en una hoja de papel la decisión siguiente:

«Habiendo violado el pope lo que debe ser inviolable, es decir, el secreto de la confesión, será desterrado á la Siberia y exonerado de las funciones del sacerdocio. Su muger le seguirá; culpable por no haber respetado el carácter de un ministro del altar. La niña no abandonará á sus padres.

«La criada Annouschka, irá igualmente á la Siberia por no haber manifestado á su amo la conducta de su hija.

«Conservo al general toda mi estimación: me compadezco de él, y me alijo con él por el golpe mortal que acaba de recibir.

«En cuanto á Vaninka, no conozco pena alguna que pueda castigarla, no veo en ella sino á la hija de un aguerrido militar, cuya vida toda consagró en servicio de su país. Además, lo que hay de estraordinario en el descubrimiento del crimen parece colocar á la culpable fuera de los límites de mi severidad: á ella misma encargo su castigo. Si he comprendido bien su carácter, si conserva algunos sentimientos de dignidad, su corazón y sus remordimientos le trazarán el camino que debe seguir.

Pablo I remitió al general este papel enteramente abierto, mandándole que lo llevase al conde de Pahlen, gobernador de san Petersburgo.

Al siguiente día quedaron ejecutadas las órdenes del emperador.

Vaninka entró en un convento, en donde á fin del mismo año murió de vergüenza y de dolor.

El general pereció en la batalla de Austerlitz.

ALEJANDRO DUMAS.

ESTUDIOS LITERARIOS.

EL RIGOR DE LAS DESDICHAS.

GUADRO ANDALUZ

dedicado á mi querido hermano
Don Joaquín María Sanchez de Fuentes.

I.

En un bodegon mezquino
están apurando cañas,
dos valientes barateros
de la famosa Triana.

Es de noche, escasa luz
del negro techo colgada,
alumbra confusamente
aquella misera estancia.

Una mesa, y un banquillo
medio cojo, dos tinajas
un tiempo llenas de vino,
es decir, de vino y agua,

Componen todo el mueblaje
de aquella caverna humana.
El mas jóven de los majos,
que por sus muchas hazañas

La gente toda del bronce
Curriyo el cruo le llama,
por los ardores del sol
tiene la color tostada,

Y la del otro al contrario
es mas que la nieve blanca.
Este también con justicia
goza de valiente fama,

Y es Juan Cadenas, el Rubio
al que las cejas le faltan
porque en un recio combate
que sostuvo con tres guardas,

Hace poco, le abrasaron
de un fegonazo la cara.
Las del Cruo forman arco
y negras son, y pobladas,

Y son sus ojos centellas
por su viveza estremada.

Melosos son los del Rubio,
mas si en alguno se clavan

Le fascinan, y penetran
el interior de su alma.

Tiene Curriyo la boca
grande, dentadura blanca,
Los labios bastante gruesos,
y la nariz afilada,
cubriendo el moreno rostro
espesa y rizada barba.

Su traje casi se oculta
bajo la andaluza capa,
mas no tanto que la vista
no distinga las polainas,

Y los calzones de paño
con sus botones de plata.
También se le vé al moverse
hermosa faja encarnada,

Por la que asoma al descuido
la formidable navaja.

Y pues ya los conocemos
escuchemos sus palabras.

Rubio. ¡Otro medio, camará!
zi ezto ez la gracia de Dió!!
Cruo. Bien compare, eche osté má,
gueno ezta.... ya ze yenó.
Rubio. A la zalú de mi chay
la Pepona!
Cruo. ¡Puñalá!
Rubio. En toítico er mundo hay
una jembra tan zalá.
Cruo. Y eze sierto que eya ze muere
por el *Rubio*?
Rubio. ¡Chachipé!
á naide maz que á mi quiere
á mi zolo.... entiende osté?
Cruo. Por yo l' apuezto la via
á que zi l' echo un piropo
en er mesmo instante ez mia.
Rubio. ¿A que le dise á osté ¡jopo!
Cruo. ¿A que me dise «Gaché,
por ti me jundo?...»
Rubio. ¿A que no?
Cruo. ¿Cuantoz jarroz pone osté?
Rubio. Los que osté quiera, Chavó.
Cruo. ¡Ole con ole! yo amigo
voy á buscá mi guitarra
Rubio. ¡Que no z' azoma le digo!
Cruo. A laz tres coplaz... no marra.
Rubio. Vamoz á verlo...
Cruo. E carrera
osté ze queda en la ezquina,
mientraz le canto á eza endina
seguriyas zandungueras.

Levántanse de repente
al decir estas palabras,
y calándose el sombrero,
y embozándose en sus capas,
los dos por distintas calles
con paso ligero marchan.

II.

Las doce son en Sevilla
y la oscuridad es tanta,
que no se distingue á un hombre
á tres pasos de distancia.
Reina sepulcral silencio
en callejuelas, y plazas,
y solo se escucha el eco
que se pierde en lontananza,
De algun sereno, que el tiempo
las horas, y cuartos canta.
Hay sin embargo una calle
que por lo estrecha, y lolarga,

Con el sendero del bien
pudiera ser comparada,
en la que canta *Curriyo*
al compás de su guitarra,
con voz agradable y dulce,
seguidillas á una maja.

«Viva la zal, morena,
de tu mantiya,
y eze cuerpo que errite
ar que lo mira»

«Porque tu grasia
es lo mejó, Pepona,
que hay en Ezpaña»

«¿I un gaché te diquela
zin mi premizo,
veráz ar punto, mona,
cuar lo ezpavilo»

«Porque yo zolo,
tengo que cer er dueño
d' eze tezoro.»

Calló *Curriyo*, y á poco
se oyó abrir una ventana,
por la que asomó la *Pepa*
su linda y morena cara.
Miróla muy tierno el *Cruo*,
y ella le miró muy blanda,
y aquel entonces le dijo
estas sentidas palabras.

¿Quién zi diquela una mosa
tan rezalá como tú,
tan mona, y jacarandosa,
con eza fila de rosa,
no se jase miel, churrú?

Pepa. Muchaz grasiaz mi moreno,
ezaz sandungueraz flores,
me dan fatiga y temblores,
me eztan matando d' amores,
por mi errite un moso güeno,
Cruo. ¡Bendiga eza lengua Dió,
tan durse y armivará!!

Mi via, perdiera yo,
por diñarte en el jeró
solo un bezo... ¡puñalá!
Pepa. ¡Bien por loz mosoz cosios!
Cruo. Bien por laz jembraz monona
que tienen er pecho mio
ezmoronao y erretio....
¡Por ti me jundo Pepona!

Pepa. Y á mi, gaché rezalao,
me jase tilin tu aqué,
con que tén por orvidao
que en ezte banquiyo... ¡pué!
pa tí zolito habrá lao.

Calló la *Pepa*, y al punto
oyeron unas pisadas,
y luego á una sombra vieron
que veloz se aproximaba.

Callóse tambien el *Cruo*,
y terciándose la capa,
alzó del suelo el sombrero,
y alzó tambien la guitarra.

Presentase Juan Cadenas
que era la sombra, y esclama
de esta manera, mirando
de rábia lleno á la maja.

«Mal rayo te parta, endina!
azí me cumplez, traidora,
tuz juramentoz?... ¡Diozmio!
zi la cólera m' ajoga....»

¿Az orvidao, mardesia,
jembra cuar denguna loca,
lo que ezte pechoha querio?..
Dime por quien en chirona,

Ha estao encerrá tres años,
eza mezmiza prezona?

Escucha, ezcucha, no sierres
la ventana, no t' ezcondas

Quiero decirte que el *Cruo*
tiene camelá otra mosa,
y que por probarte zolo
te echo piropoz ahora.

Quédate con Dioz por siempre
y no te acuerdez, Pepona,
de que un dia te dió el *Rubio*
su via, y el arma toa.»

Marcha seguido del *Cruo*
á la taberna inmediata,
porque ha perdido la apuesta
y al momento vá á pagarla.
Mas aunque el vino era añejo,
no pasó por su garganta,
que el rigor de las desdichas
para un hijo de Triana,
siempre ha sido, y será siempre
perder la apuesta y la maja.

EUGENIO SANCHEZ DE FUENTES

ESTUDIOS DE AGRICULTURA.

La vida del campo.

Al leer nuestras amables lectoras el epigrafe de este artículo tal vez harán un gesto de desaprobacion creyendo que las vamos á fastidiar con una disertacion científica tan pomposa y rellena de palabras técnicas, como poco amena y no muy á propósito para alhagar su esquisita sensibilidad y unos corazones ávidos de gratas y variadas sensaciones. Pues bien; nuestro deseo de contentar siempre á esta preciosa mitad del género humano

con quien nos unen vínculos tan estrechos y á quien tanto amamos, nos impone el deber de hacer esta salvedad, suplicándolas que no aparten sus hermosos ojos de esta fea prosa con que hoy las dirigimos nuestra voz, ya que la encantadora poesia se niega á inflamar nuestro plectro y las musas nos cierran desapiadadas las puertas del Parnaso. Nuestro intento es solamente el de pintarlas los placeres que se disfrutan en el ejercicio de la Agricultura y de la vida campestre, y el de interesarlas, si ser puede, en una ocupacion donde se encuentra la salud del cuerpo, la tranquilidad del espíritu y la paz del corazon; donde la vida del hombre es mas prolongada y menos espuesta á los contratiempos propios de una existencia



pasada entre la lucha del temor y la esperanza, y de esa gran sociedad que empieza por arrancar al hombre de su ser y concluye por abrirle la eternidad antes de tiempo y despues de haberle hecho zozobrar en el borrascoso piélago de las encarnizadas pasiones humanas. ¡Triste verdad! pero verdad que el hombre no desconoce; verdad que el hombre ha aprendido á fuerza de lágrimas.

Trasladémonos, pues, con nuestras bellisimas lectoras por un momento, que durará tanto como la lectura de estos mal perjeñados renglones, á una casa de campo situada al pie de una frondosa colina, cubierta su pendiente de fragantes laureles, de vistosos madroñeros, de bonitas rosas silvestres, de arbustos de oja perene unos, y de variadas flores otros, alfombrado su suelo de tomillos, espliegos y violetas, hasta la orilla de un serpente arroyuelo de cristalinas aguas, nacidas por ejemplo, en el hueco de un grotesco peñasco que á pesar de amenazar ruina á la vista del curioso, desafía arrogante el continuado choque de los encontrados elementos, las cuales van á precipitarse por medio de ingeniosas cascadas á un ancho lago que sirve de pesquera á los dichosos mortales sus dueños. En un lado de este depósito de aguas, se descubre una calle cubierta con las espesas y entrelazadas ramas de los nogales y cerezos que forman una bóveda impenetrable á los rayos del sol y presentan un efecto sorprendente para el que pasea por debajo de su sombra. Esta calle á cuyos costados se ven asientos magníficos de piedra y almohadones, y de trecho en tre-

cho algunas estátuas alegóricas, conduce despues de un cuarto de hora á descansar en un templete de figura circular, entapizadas sus columnas de nudosos troncos, con la enredadera, el jazmin, la rosa y el naranjo. En su centro descúbrese un robusto pie de encina, sobre el que figura un canastillo de mil flores, tan preciosas á la vista, como deliciosas al olfato. Rodéalo una especie de sofá circular tambien, hecho todo de flexibles ramas de árboles entrelazadas con gracioso capricho, y un asiento de tablas de palmera, el cual ofrece grato solaz al aficionado que recorre aquellos amenisimos contornos.

Enfrente de este sitio de descanso se descubren diferentes salidas, las que formando una estensa curva van á parar á un punto céntrico destinado á los juegos de la sortija, el columpio, los bolos y el tiro de pistola. Todas estas avenidas están plantadas de diferentes clases de árboles, los unos de sombra, y frutales los otros, cerrando sus intervalos las lindas adelfas y las preciosas lilas. A los lados de estas calles se verán campos cubiertos de variadas cosechas; en los unos crecerá la vid frondosa, la oliva simbolo de paz; en los otros los sembrados de trigos y cebadas, las praderas de alfalfa, trébol y esparceta, y en todos la judia, el maiz, la patata, el lino, el cañamo y otra porcion de ricas plantas que llenan los graneros del labrador y dan sustento á los individuos de su pequeña colonia.

Al remate de esta variada campiña se divisa una cerca de recortados árboles que ocultan á la vista un espe-

so é intrincado laberinto donde el forastero se pierde una y mil veces, donde cansado de dar vueltas y re-vueltas tiene que hacer alto al pie de un nuevo templete dominado por la estatua del amor, símbolo en aquellos momentos de la fé y la constancia: la fé para creer en el término de aquel laberinto, y la constancia para vencer los tropiezos que se oponen á su salida. Mas allá, una canariera de gusto chinesco detiene involuntariamente el paso y deja sorprendido al que no esperaba oír los arpados trinos de cien pájaros mezclados con los metálicos y bien acordes sonidos de otras tantas campanas que se mecen impelidas por el suave viento en todas las direcciones de aquel cubierto, bajo cuyo abrigo campea la mansión de los pintados musiquillos. Algunos pasos mas de distancia separan una gruta, en cuyo centro puede gozarse del contraste de lo rústico con lo soberbio; de la sencillez con la grandeza; del gusto patriarcal con el asiático. ¡Qué de placeres sería fácil disfrutar antes de salir de aquel embrollado recinto, si nuevamente llamase la atención un estanque poblado de pequeñas y graciosas barcas para vogar en días serenos entremedio de los gansos, cisnes y pájaros estraños, dedicados á amenizar la monotonía de aquel piélago en miniatura, de aquella morada donde el silencio solo debería ser interrumpido por el graznido de acuáticos pajarracos, ó por el golpe de las aguas al caer de grandes alturas!

¡Cuántos deleites podrian probarse á la aparición de un lindísimo jardín sembrado de primorosos dibujos, de flores aromáticas, de arbustos sometidos á la diestra tigura del jardinero, de estrechas callejuelas, á manera de bóvedas formadas con arcos de cipreses, de tejos, de aromos y de otras mil preciosas plantas que darian relace y formarian el claro oscuro, por decirlo así, de aquel sitio de recreo! Si á lo dicho se agregasen estatuas en todas direcciones, alusivas al sitio y á la estación, bancos, sillars, y canapés, sencillos pero de buen gusto, mesas colocadas con acertada oportunidad al pie de una preciosa fuente para sentarse á su lado á apagar la sed del cansancio, macetas sobre esbeltas columnas de piedra con exóticas plantas, emberjados caprichosos, surtidores de aguas, montañitas rústicas, zafareches poblados de pintados pececillos, invernáculos llenos de flores y frutos estraños, pajarreras en todos ángulos con tórtolas, palomas y animales raros....—La pluma no quiere correr; se niega á obedecer nuestro impulso por no poder servir de fiel intérprete, á las ideas de placer que en tropel se agolpan á la alborotada imaginación de quien la maneja. Un artículo de periódico como este, ofrece límites demasiado estrechos para dar cabida á las poéticas ideas que se levantan á la contemplación de semejantes lugares; la descripción exacta de las delicias que pueden sentirse en sitios como los indicados, necesita mas columnas que las del Museo de las Familias, por cuya razón pondremos coto á nuestros deseos, al vuelo tomado por la imaginación exaltada con los pensamientos de la vida campestre, y nos internaremos en la vivienda del agrónomo, del hombre que no ha hecho apostasia de su ser para trasladarse del campo en que ha nacido y debía morir, á las grandes poblaciones, origen fecundo de tantos males como afligen á la especie humana.

Después de haber salido de los límites de tan grata mansión, debe ofrecerse repentinamente á la vista del curioso, la elegante aunque sencilla fachada, de la centinela abanzada (permítasenos la expresión) de la casa de campo. Damos este nombre á un pequeño y circular edificio al cual se sube por algunas gradas, que dan entrada á un anchuroso salón, también circular, con vistas á todos lados, bien provistas de cristales y persianas para con ellas neutralizar en todos tiempos las desagradables impresiones del calor y el frío. En esta estancia nada faltará de todo aquello que contribuye á la distracción, á la

comodidad y al descanso. Los estrangeros llaman á estas piezas «salas de compañía» Nosotros deberíamos llamarlas «salas de recreo». A los costados dos balcones abiertos darán bajada, por medio de una suave rampa, á los deliciosos jardines cercados con un frondoso y florido seto de granados, á quien servirá de cubierta las ramas de la higuera, del naranjo y la palmera. Un camino espacioso y cerrado con bóvedas naturales de otros árboles, conducirá por diferentes ramales al edificio general, á la habitación del propietario, á las viviendas de los colonos y criados, á las caballerizas, establos, graneros, bodegas, departamento de animales domésticos, lechería, y á otra porción de sitios destinados á objetos diferentes; pero todos agradables y de utilidad si se quiere.

Al llegar aquí ya sentimos los murmullos de nuestras lectoras que cansadas tal vez de una descripción demasiado larga, aunque imperfecta para pintar con vivos colores la forma y la esencia de un establecimiento agrario, sueltan de sus labios las desanimadas palabras «todo eso sería muy bueno, muy bonito, si fuera realizable, si estuviera al alcance de las fortunas menos queridas de la suerte.... pero tantos campos, tantos magníficos jardines, tantos grandiosos laberintos y tantos y tan raros caprichos, solo pueden ser positivos á la voluntad omnimoda del ser millonario, del Príncipe.»—Verdad dirían estas palabras si la abundancia, las comodidades, la paz y la felicidad de la vida campestre, solo pudiera hallarse á la sombra de las columnas suntuosas, de los grupos artísticos de un valor inmenso, de los templetos chinos, de las góticas cabañas, de los palacios asiáticos y de todos aquellos objetos que la vista admira en las posesiones de los famosos banqueros, de los grandes señores, de los sitios reales, ó en los alcázares de nuestros monarcas.

Fuerza será el deshacer tan errada opinión, y aunque con sentimiento, habremos de replicar á nuestras interesantísimas censoras, diciéndolas que para ser feliz cada hombre dentro de su esfera, basta que arregle sus deseos y sus obras á los recursos con que cuenta, y que sepa sacar partido de las circunstancias en que se halle. Un ejemplo hará mas palpable nuestro aserto y de mas fácil comprensión.

Cualquiera de los infinitos hacendados que en el día vejetan lejos de sus tierras y que en lugar de vivir en las grandes capitales encenagado en el vicio y la disipación sustituyese á una vida tan turbulenta la vida tranquila del campo, y dejara la sociedad para retirarse á cuidar las fincas abandonadas á manos de miserables arrendatarios; si en lugar de las tertulias, los juegos y la orjía ocupase el tiempo en dirigir las operaciones rurales; si en lugar de las galas y las modas vistiera un holgado y cómodo traje; si la salida del sol hiciese saltar de la cama al Perezoso ciudadano para dar impulso á la máquina agraria de que fuese director; si los negocios propios, los negocios domésticos llamasen mas la atención del hombre, mas que los negocios ajenos de su clase y de su posición; diferentes serian los resultados, otros los progresos de la agricultura y mas embidiable el estado de los pueblos. La tierra que en manos de arrendatarios faltos de luces y de recursos solo produce abrojos, brotaria flores sometida á la activa y bien entendida administración de su dueño, el cual armado de conocimientos y un mediano capital, abriría la puerta á las innovaciones y por consiguiente á los adelantamientos. Una extensión de cuarenta ó ochenta cahices de tierra son suficiente para mantener á una familia en la medianía, en el estado en que con menos se disfruta mas: una casita proporcionada y con local para todos los individuos de aquella república, es necesaria y de no difícil adquisición: con algunos trozos de tierra distraída del cultivo, se tienen caballerizas para los animales de labor, sitio para encerrar algunas vacas y algunas cabezas de ganado, corrales destinados á los productivos animales domésticos, como son, las gallinas, pabos, patos,

palomas, conejos y demas bichos que surten al campesino de huebos y carne fresca; un pedazo de huerta al pie de la casa provee de toda clase de verduras y frutas; otra porcion de terreno plantado de viña y olivos, dá el vino y aceite necesario para el establecimiento; el pan debe hacerse en casa con el trigo de la cosecha; el combustible será el producto de la poda anual de las cepas, las olivas, los árboles frutales y un pequeño soto; algunos campos cubiertos de alfalfa y esparceta, surtirán de pasto á las caballerías y ganados; el mantenimiento de las aves y animales domésticos, saldrá de los productos de la hacienda; y hasta las mismas telas conque se viste y sirve el agricultor deberán ser tejidas con el lino y cañamo cultivado dentro de la posesion.

Digannos ahora nuestras carísimas suscriptoras si hay alguna tinta de exajeracion en la pintura antecedente: digannos francamente si el poseer ochenta ó cien cahizadas de tierra, algunas caballerías de labor, unos cuantos animales domésticos, una casita, en el campo, un jardin de cortos límites, algunos árboles frutales y un mediano capital para dar movimiento á la máquina agraria; digánnos repetimos, si será una cosa imposible, una cosa del otro mundo. Todo lo mas podrá reponerse que con elementos tan cortos no es fácil gozar de la magnífica grandeza de la primera descripcion. Concedido: pero tambien replicaremos que igualmente se está en posicion de ser feliz y de gozar en la medianía como en la opulencia. Siendo todo respectivo en este mundo; partiendo de este infalible principio, no costará mucho el comprender que los grandes bienes de fortuna, dán grandes cuidados, los cuidados ocasionan frecuentes disgustos, y estos impiden la facultad de gozar completamente. Al contrario, el que es dueño de un limitado territorio puede entregarse con mas calma á la satisfaccion y al placer; sacar mas provecho en menos terreno, y por consiguiente mas goces en proporcion.

Las delicias probadas por el agricultor y su familia en el campo ayudado de los elementos indicados, serán grandes, inmensas, superiores sin comparacion á todos los deleites mundanales. ¿Puede haber cosa mas hermosa y que proporcione mas gratas sensaciones á una alma sensible que la de verse rodeado de seres á quienes dá el mantenimiento y la existencia? ¿Qué cuadro se presentará á nuestra vista mas lleno de encantos que ver á unos hermosos ojos inspeccionando los trabajos campestres dirigidos por su cara mitad? Donde se halla nada mas poético que unas delicadas manos cultivando la rosa y el clavel, ó regando la azucena? quien ha visto entre las hermosuras constituidas en sociedad un colorido mas fresco, duradero y purpurino que el de la preciosa campesina sentada bajo la sombra de una frondosa morera, con un libro en las manos? que mortal no se enternece al contemplar esta misma hermosura prodigar y recibir las infantiles caricias de las adoradas prendas de su amor, al borde de un manso arroyuelo? Y si pasamos á nuevas sensaciones ¿Qué ocupacion mas agradable que la de llenar diariamente una cesta de huebos frescos, uno ó dos cántaros de mantecosa leche, algunos canastillos de frutas delicadas, de tiernas verduras y de variadas y galanas flores? que placeres hay en el mundo comparables á los que el agricultor experimenta al recorrer detenidamente los sitios destinados á la cria de los animales domésticos, y ver la prodijiosa fecundidad de los unos y la veloz reproduccion de los otros? ¡Cuántas ideas y cuantas ilusorias esperanzas fermentan en la imaginacion del propietario á la vista de los polluelos, los conejos y los corderos! es necesario haberlas sentido para apreciarlas en su verdadero valor. Aquel movimiento involuntario que todos los animales domésticos hacen de contento á la aparicion de su dueño; aquel impulso tan natural como espresivo que á un mismo tiempo revela gratitud y amor en aquellos bichos naci-

dos y educados bajo el dominio del labrador; aquel iman que á todos ellos arrastra detras de sus pasos, llenan de noble orgullo al hombre y le elevan por encima de los cetros y los tronos. El que en estos se sienta será monarca de una nacion compuesta de súbditos rebeldes; el labrador, lo será al contrario de agradecidos y sumisos seres, ocupados sin descanso en ofrecerle abundantes y ricos dones para regalar su paladar, y hasta su propia existencia para saciar su apetito carnívoro. El labriego rodeado de tanto ser distinto reconoce el puesto privilegiado que ocupa en la naturaleza.

En el campo las estaciones ofrecen variadas y amenas ocupaciones. El verano con sus rayos abrasadores tiene sus encantos; los tiene tambien el invierno con sus frios y sus nieves, y mas que todas las estaciones los produce el regalado otoño y la risueña primavera. Un abundante fuego encendido en la cómoda y anchurosa cocina de la casa de campo, hace olvidar los rigores de los yelos: la sombra de los frondosos árboles, templan el quemante contacto del astro luminoso: el otoño con sus sabrosos frutos regala el cansado paladar; y la florida primavera brinda generosa con sus aromas y sus amores al pacífico habitante de los campos. ¡Oh naturaleza hermosa! preciso es bendecir tu poder sin límites al fijar nuestra humilde mirada en las obras de tu sabiduría tambien sin límites. Si, bellísimas y muy pacientes lectoras: confesemos todos que nada hay comparable sobre la tierra á la vida del campo; que nada es mas grandioso ni mas sublime que el estudio de la naturaleza.

Al soltar la pluma, algun tanto pesarosos de no haber acertado tal vez á agradar á nuestras suscriptoras como era nuestro ardiente deseo al comenzar este artículo, permítannos antes de despedirnos que las supliquemos en nombre de lo que mas amen en este mundo, que abandonen las ciudades y se trasladen al campo; que abroquen los tormentosos placeres de la sociedad por los sucesivos y duraderos goces de la vida agraria, en el campo se disfruta salud constante; el aire puro que allí se respira, el ejercicio moderado que sin sentir se hace, y la tranquilidad de una existencia tan inocente, dán vigor y robustez al hombre y alejan el término de sus dias. Si se ama la justicia, la tierra ofrece el mejor ejemplo de esta virtud, enriqueciendo al hombre laborioso y negando sus dones al holgazán: el que desee acercarse mas al Ser Supremo, en ninguna parte podrá hallarse tantos y tan elocuentes testigos de su grandeza como en el campo; las comodidades y las conveniencias, mas abundan en el campo que en las ciudades, y acaso son las únicas que pueden disfrutarse sin peligro de la salud y sin temor de remordimientos: el hombre no conoce manjares tan sabrosos como los frutos del árbol plantado por sus manos: una comida rústica, abundante, sazónada con paz y un buen apetito, es mas deliciosa que la presentada en suntuosos banquetes. El hombre acostumbrado á la vida del campo es mas aguerrido que el ciudadano; cuando este tiritado de frio á pesar de sus martas y sus estufas, aquel se pasea caliente dentro del recinto de sus posesiones. La calma no interrumpe el campo convida á la meditacion y al estudio; el hombre amante de las ciencias en ninguna parte puede entregarse con mas provecho á su estudio: la música y la pintura? donde podrán ejercerse con mas ilusion y producir pensamientos mas nuevos y sublimes? En el campo finalmente puede ejercerse la mas ardiente y bien entendida caridad, ya dando trabajo á los pobres, prestando simientes y caballerías á los menesterosos, socorriendo las desgracias imprevistas, dando educacion á los huérfanos, y ya enseñando con lecciones prácticas el modo de trabajar y hacer producir á la tierra las mas pingües cosechas, con el menor trabajo posible.

JOSE DE GAMA.

HISTORIA NATURAL.



EL DRAGON.

Pertenece á la familia de los lagartos, y no pasaria de ser un lagarto comun si no tuviese alas y larga papada debajo de su garganta. Este es el famoso dragon, ese monstruo cuyo nombre habeis encontrado muchas veces en la Biblia, en los poetas antiguos y en las novelas de caballeria. Este dragon es el mismo que san Miguel holló bajo sus plantas, que guardó el jardin de las Hespérides, que arrebató ó defendió tantas nobles damas en tiempo de los Pares de Carlomagno y de los valientes de la Tabla redonda. En lugar de este ser fantástico, al cual han atribuido la fuerza del leon, la agilidad del águila y el tamaño de los boas, qué hallamos en la naturaleza? un animal tan pequeño como débil, un lagarto inocente y tranquilo, el menos armado de todos los cuadrúpedos ovíparos.

El mayor dragon que se ha conocido no excede de un pie de longitud, y aun su cola que es estremadamente fina y delgada tiene poco mas del doble. Un carácter particular distingue al dragon de los demas lagartos, y es la conformacion de sus seis primeras costillas que en vez de volver hácia el abdomen, se estienden en línea recta y sostienen un pliegue de la piel que forma una especie de alas enteramente separadas de las patas. Decimos una especie de alas, porque estas membranas no

permiten al dragon volar, dando á esta palabra su verdadera significacion; sirvenle solo de paracaídas cuando se lanza de una rama á otra, lo que ejecuta con gracia y lijereza admirables. Cuando lo persiguen, si no vé ningun árbol en que pueda refugiarse, se arroja al agua, y sus alas le salvan, valiéndose de ellas como de excelentes aletas. El dragon corre con suma lijereza, ocúltase como los demas lagartos en los agujeros, en las grietas, de las paredes y de las rocas, trepa á los árboles y voltijsa de uno á otro, en fin nada muy bien.

La parte inferior de la garganta del dragon está cubierta de tres especies de buches ó bolsas que puede inflar cuando quiere para aumentar su volúmen, hacerse mas lijero ó nadar mas facilmente. Su boca es muy abierta y guarnecida de muchos y agudos dientes; tiene en la espalda tres hileras longitudinales de tubérculos mas ó menos salientes, cuyo número varia segun los individuos. Sus piernas son bastante largas, así como los dedos, en número de cinco en cada pié, separados y guarnecidos de uñas corvas. Pasa inocentemente su vida sobre las ramas de los árboles, cazando las hormigas, las moscas, las mariposas y otros insectos para alimentarse.

El dragon es orijinario de las costas é islas del Africa oriental, de la India y de sus archipiélagos. Lineo señala dos especies, Lacepède solo una, y el diccionario clásico de historia natural admite tres, á saber: *el dragon rayado*, *el dragon verde*, y *el dragon negro*.